

## CONTRA NATURA Y OTRAS PROFANACIONES

Andrés L. Córdova Phelps\*



PINTURA 1. OUROBOROS, SYNESIUS, PARISINUS GRAECUS 2327 (1487)

### Resumen

En su colección de manuscritos sobre la alquimia de 1487, hoy conocido como el *Parisinus graecus 2327* en la Biblioteca Nacional en Francia, el escribano Theodoros Pelecanos de Corfu incluyó un tratado perdido de *Synesius*, el cual incluye un dibujo de una serpiente tragándose la cola. Esta representación se conoce como el *ouroboros*, del griego *υροβόρος* [ὄφις]. En la tradición hermética el *ouroboros* simboliza el eterno ciclo de las cosas y la inutilidad de tratar de impedirlo. El trabajo aforístico que sigue a continuación es el resultado de un proceso de reflexión en el cual intersecan el Derecho, la literatura, la filosofía y la teología. Al igual que el *ouroboros*, la razón tiende a tragarse a sí misma en su insistente deseo de encontrar alguna

---

\* Catedrático. Facultad de Derecho Universidad Interamericana. Derechos reservados© 2020.

justificación, algún pretexto, que la libere de su destino. En esa turbulencia, sin pretensión de claridad o distinción, estos fragmentos son ruinas que recuerdan de manera imperfecta lo que pudo haber sido.

### Abstract

In the 1487 manuscript collection on alchemy, known today as the *Parisinus graecus 2327*, found in France's National Library, the scribe Theodoros Pelecanos of Corfu included a lost treatise referred to as the *Synesius*, which has a drawing of a serpent swallowing its tail. This representation is known as the *ouroboros* from the Greek *υροβόρος [ὄφις]*. In the hermetic tradition the *ouroboros* symbolizes the eternal cycle of life and the futility of trying to stop it. The aphoristic work that follows is the result of a thought process at the intersection of law, literature, philosophy and theology. Just as the *ouroboros*, reason tends to swallow itself in its insistent drive to find some justification, some pretext, that would free it from its destiny. In this turbulence, and without any pretense to clarity or distinction, these fragments are offered as ruins that imperfectly reminds us what could have been.

I.	Contra natura.....	163
II.	Érase una vez .....	170
III.	Peccatum .....	184
IV.	Transgresiones.....	188
V.	El mal ladrón.....	193
VI.	Bestiario .....	199
VII.	Cuatro verdades.....	205
VIII.	El Cañón del Chaco.....	206
IX.	Pandemia.....	213



PINTURA 3. LUCIEN FREUD, REFLEXIÓN (AUTORETRATO) (1985)

## I. Contra natura

A la salida, me detuvo y preguntó: “¿A dónde cabalga mi señor?”.

“No sé”, le dije, “tan solo lejos de aquí, lejos de aquí. Siempre lejos de aquí, solamente así llegaré a mi destino.”

“¿Entonces conoce su destino?”, preguntó.

“Sí,” le contesté, “¿no te lo dije? Lejos de aquí, ese es mi destino”.

Franz Kafka, *Mi destino*

Pensar el Derecho desde la objetividad es perderse en su inmediatez. Una lectura detenida de la normatividad deshila su textualidad, como Penélope aguardando su redención.

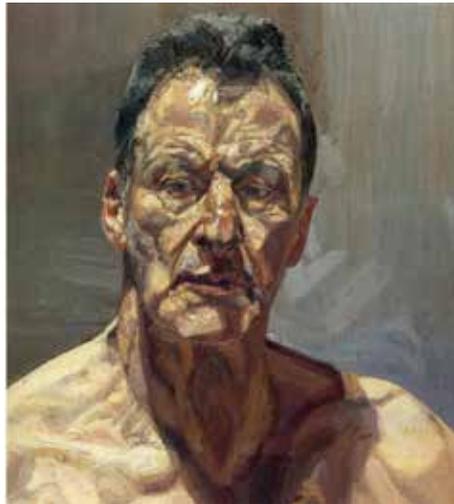


**El rastro.** Como minoico ovillo, las palabras se enredan en la punta de la lengua, dejando tras de sí el rastro que simula la salida del laberinto que pende de un hilo.



El salto analógico, mortal, de la naturaleza al Derecho es fuente de interminable confusión. Las mal llamadas leyes naturales –como la tercera ley de la termodinámica– son descripciones que hacemos sobre el mundo fenomenal. Como descripciones, no son propiamente normas, sino inferencias directas e

indirectas que reposan en la experiencia. Si en efecto, no se puede alcanzar el cero absoluto en un número finito de etapas, como sugiere el postulado de Nernst, esto no tiene ninguna relevancia ni para el carterista, ni para el fiscal que lo acusa, ni para el juez que lo condena.



Pintura 3. Lucien Freud, Reflexión (Autoretrato) (1985)

◆

**Redenciones.** Son las pequeñas redenciones las que nos devuelven a la vida: La mirada oblicua al escuchar la brisa pasar con un murmullo entre las hojas secas, con ese augurio propio de noviembre, cuando el cuerpo se asienta sobre los huesos de su origen.

◆

La correlación entre el principio universal y el caso específico, entre el uno y el otro una corona de espinas.

◆

La noción del estado de derecho – como límite – está predicada en la mitificación normativa. “Nadie está por encima de la ley”, pontifican los custodios de la normatividad. Esa cosificación logra imponerse por un tiempo hasta que – como cíclope tuerto – nadie la subvierte.

◆

La libertad se antepone a la ley, como mariposa ante la llama.

◆

El argumento de la contingencia como prueba de la existencia de Dios se remueve a sí mismo del tablero. La existencia de todo ser depende de otro, ya sea por propia necesidad o por alguna causa externa. Esa existencia, que es evidente, exige de un ser que lo justifique y que a su vez no dependa de otro ser. A ese ser lo llamamos Dios. ¿Y si el ser mismo no tuviera justificación?



**El escribidor.** Había una vez, y dos son tres, un escribidor que quería escribir la historia de un escritor que quedaba atrapado por su propio relato. No era una idea original, ni mucho menos. Hace ya un tiempo algún historiador arábigo había ensayado el ejercicio del cuento dentro del cuento.

Según nuestro escribidor, el cuento hubiera detallado las rutinarias incidencias del escritor sentado en su despacho, escribiendo afanosamente el cuento que acabaría por atraparlo en su penúltimo párrafo. De haberse escrito, el último párrafo hubiera terminado con el escribidor admitiendo su inhabilidad de extraerse del relato. La historia hubiera sido –hay que reconocerlo– una nivola mal concebida y mal ejecutada.

¿Cuál hubiera sido el propósito del cuento? ¿Una farsa? Quién sabe. La auto-referencialidad desemboca en la desesperanza. Como ejercicio literario su premisa es tendenciosa; como mensaje cautelar, cuestionable. No obstante el hedor a escribidura de estos comentarios, no habiéndose escrito la historia es posible tomar distancia de su desprestigio, afortunadamente.



Visto a través del lente del tiempo-espacio, la expansión del universo desde el *big-bang* invita a imaginar un acto fundacional, inaugural. La cosmología contemporánea, como las ciencias naturales en general, contestan *cómo*, no *por qué*.



**Entierro.** La redención es un asunto de olfato, le insiste el recuerdo al terco hueso, al caer la lluvia sobre la mustia muerte. El nostálgico petricor se insinúa en la sangre de su dios-piedra.



El criterio de falsificación de Popper, la periodización histórica de la ciencia natural de Kuhn, el anti-método de Feyereband, son un refugio para el escéptico al momento de abordar a la naturaleza como idea.



¿Desde dónde abordamos el Derecho? Nuestra perspectiva invariablemente va atada a nuestros prejuicios, a la respuesta que le damos todos los días a la tradición. Nos apropiamos del Derecho de mala fe.



PINTURA 4. EL BOSCO, EL PRESTIDIGITADOR (CA. 1502)

**Despedida.** Es como tomar un papel y doblarlo a lo largo, para volver a doblarlo hasta que el dorso quede por fuera, y su cara por dentro, ciego a la despedida que reside en el deseo de un beso atrapado por su letra, camino al olvido, como buen prestidigitador.



**Hic et nunc.** El momento rajiero se escurre por la rendija de lo que fue y de lo que queda, suspendido entre la barbarie de la causa y el efecto, como una premonición de lo que pudo haber sido.



La moralidad pensada desde el Derecho no es idéntica a la moralidad pensada desde la filosofía. Para el Derecho, lo moral es una convención social susceptible de cambios y modificaciones, sin hacer necesariamente un reclamo de trascendencia. Para la filosofía, en cambio, la moralidad es en demasiadas ocasiones vista como la conjugación de principios universales accesibles a la razón. El reclamo de universalidad estalla contra nuestra contingencia.



Hay que acercarse a las ideas como si se estuviera viendo por un kaleidoscopio, rotando los cristales hasta configurar la geometría de los colores. Como la refracción de la luz, las ideas se nos presentan al ojo del intelecto momentáneamente,

suspendidas por un instante en su simulada luminosidad, hasta desaparecer en la próxima rotación.



**Glotonería:** Valgan las verdes por las maduras, reía Cronos mientras se mascaba a sí mismo, un trozo a la vez.



Al interior de las reflexiones de los presocráticos sobre el problema del movimiento está la urgencia de dar con lo permanente, lo inamovible. Este intento por correlacionar al cosmos con el ser humano ha sido una constante del pensamiento filosófico. La diferenciación moderna, entre la ciencia natural y su método empírico de las ciencias del espíritu (*Geisteswissenschaften*) anticipan el ocaso del derecho natural. Uno debe luchar por la ley más que por los muros de la ciudad, sentenciaba Heráclito.



Entre un punto y otro siempre hay cabida para un punto medio, argumentaba de Zenón de Elea. Partir el espacio en dos, infinitamente, y con ello postergar el fin. El tiempo, sin embargo, traiciona al espacio. Al final de la vida, la muerte se manifiesta no cómo una abstracción filosófica, sino como un calambre. Toda aproximación implica una renuncia.



PINTURA 5. RUFINO TAMAYO, PERRO DE LUNA (1973)



**Ladridos.** A la distancia se oye: Un perro ladra en la noche mientras otro le hace coro. Entre mordiscos y empujones, los dos marcando el camino para quien venga detrás, justo para cuando la luna se haga espuma.



La relación entre la comprensión y extensión de un concepto es un asunto de estricta lógica. A mayor amplitud, menor especificidad; e inversamente, a mayor especificidad, menor amplitud. Este análisis lógico reposa en una jerarquización conceptual previa que no es dada por la experiencia sino condición de ella, como observaba Kant. La diversidad de la experiencia invita - como la enciclopedia borgiana - a la configuración de un mapa conceptual anárquico, donde las clasificaciones responden a las obsesiones del observador.



La limitación de toda categoría queda ilustrada por la historia taxonómica del ornitorrinco, como comentaba Umberto Eco. La testarudez del *factum*...



Un callejón sin salida es como un callejón sin entrada, llegándose a la salida de la misma manera que se sale a su llegada: con los ojos fijos - sin fondo - y los pies por delante.



El cuerpo es metáfora de nuestras vidas. Ya sea el corazón como soplo de vida, o la vesícula como depositario del resentimiento y la envidia, cada uno de ellos se constituye como una representación afectiva de nuestra corporalidad. El dualismo cartesiano implícito en su aproximación al *res cogitans* devalúa a su propio riesgo el hecho de que todas nuestras reflexiones están enmarcadas por la epidermis.



Lo que es y lo que debe ser se mueven en órbitas elípticas alrededor de nuestra mortalidad.



El nervio de la experiencia estética contemporánea reside en su anarquía conceptual. En este ejercicio de nivelación -que por definición es antagónico a la idea de cualquier limitación- el arte se presenta como inquisidor. En cambio, la libertad de expresión - como derecho - va dirigido a domesticarla. El arte es el contestatario por excelencia de la normatividad.

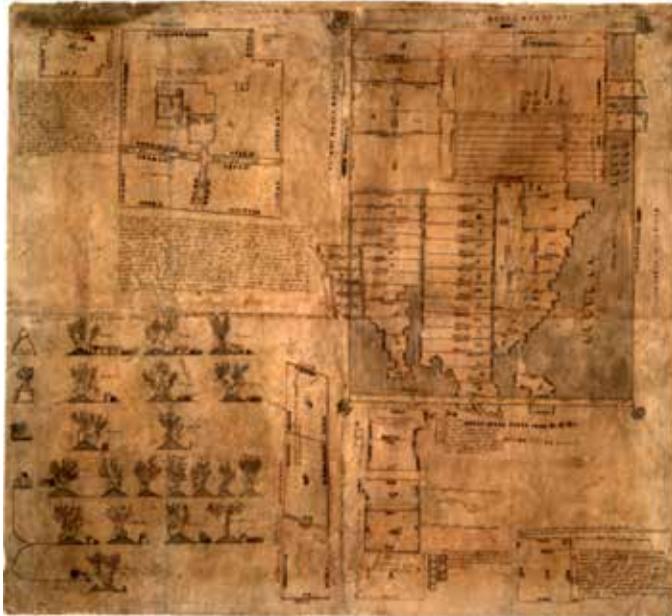


PINTURA 6. BOLETO DE ENTRADA AL PARQUE JIONGSHAN EN BEIJING (2019)



***Still Walking Around.*** Sucede que la muerte aun insiste, a pie forzado, entre los olores a jengibre y aguas negras y a vinagre que se insinúan a la vuelta de cada esquina. Entre los *hutongs* de gris barro y el insulso asfalto, el presente conspira contra su futuro.

No hay manera de ser hombre en estos tiempos fósiles, sin caer en el tedio de un recuerdo contaminado por la melancólica cadencia del llanto y la brea. Quizás si se caminara al revés, si se tropezara con un domingo en *Jingshan*, si se jugara la vida con cada paso, entre las calles atestadas de espanto y el escopeteo de las motoras. Quizás si se viera la pornografía de lo mismo desde el exotismo de sus orígenes. Sucede que la muerte se coagula minuto a minuto, mientras la vida sopla trémula y anuncia la sangría de su inminente partida. No hay redención en la tierra sin procrastinación, sin dejar a un lado la ausencia del deseo que se consume con su aliento.



PINTURA 7. MAPA DE OZTOTICPAC. MÉXICO (CA. 1540)

## II. *Érase una vez*

Un cronista que recita cada evento sin distinguir entre ellos actúa de acuerdo a la siguiente verdad: nada que haya ocurrido debe considerarse como perdido para la historia. Ciertamente, solo una humanidad redimida recibe la plenitud del pasado; es decir, solo para una humanidad redimida el pasado es citable en todos sus momentos. Cada momento que se ha vivido se convierte en una *citation a l'ordre du jour* – y ese día es el Juicio Final.

Walter Benjamin, *Tesis sobre la filosofía de la historia*.



El pasado es un país extranjero, como incisivamente observara L.P. Hartley. Nos acercamos al pasado con todo el peso de nuestros prejuicios, sordos y ciegos a lo que una vez fue.



–“Esto es una mano”, insistía G.E. Moore con su mano estirada.

–“Y este es el pasado”, le replica la otra mano.



Nuestra aproximación a la historia viene siempre acompañada por memorias intervenidas. Como en los cuentos de hadas, el “érase una vez” de la infancia tiñe el deseo del recuerdo.

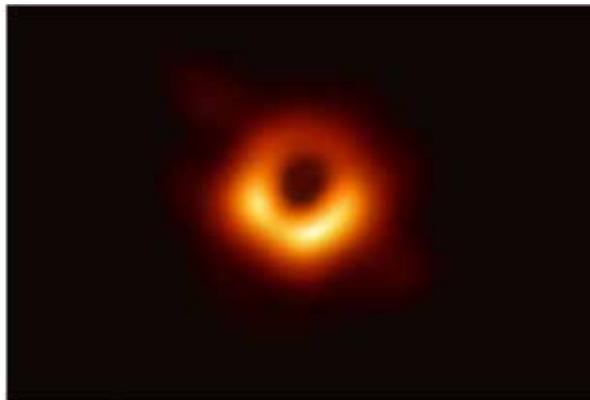
***De reajo.*** Hay memorias que insisten de reajo en la penumbra. Y es que recordar es vivir de frente hacia atrás, en la indiferencia de las seis.



La nostalgia – como el retorno al origen del dolor - persigue inútilmente la redención de la melancolía. Toda remembranza viene acompañada de la sospecha de que quizás las cosas pudieron haber sido distintas. Nos acercamos a la memoria heridos por el deseo.



En Proust, el recuerdo del tiempo perdido se difumina en el acto mismo de la remembranza. Codificamos el pasado para desprendernos de su sufrimiento. Cómo recordamos y cómo en realidad ocurrieron los eventos son dos momentos irreconciliables.



PINTURA 8. FOTOGRAFÍA DEL EVENT HORIZON



***Event Horizon:*** Hay ausencias que viajan a la velocidad de la luz, como quien huye de su horizonte al caer – por amor – en su negra singularidad.



Como en una pintura cubista, la experiencia de la temporalidad como un evento simultáneo sublima el *continuum* de la historia. La imposibilidad de entenderla

de esa manera, sin embargo, supone reconocer con las muelas de atrás nuestra expulsión definitiva del Paraíso.



El cuerpo late entre luces y sombras, de los pies a la cabeza, para entregarse en su colérica hora al silencio insondable que se difumina en el llanto hondo de la memoria.



Pensar históricamente es como caminar con un calambre en los pies.



La inmanencia del texto, aquello que Benjamin calificaba en otro contexto como el aura de la obra, es la presencia irreducible de su significado. Aún el poema más insípido guarda dentro de sí la posibilidad de destellar si se diera con su lector perfecto. En ese instante el poema brilla en lo que demora su lectura.



La fugacidad del sentido es la melancolía que corre a lo largo del recuerdo.



La lluvia que cae a veces es tan solo lluvia, y el agua que corre por mi espalda no es el tedio de cada día sino solo agua que corre por mi espalda. Y es que regresar a la vida es devolverle a cada cosa su sitio, al sol su órbita, al mar la sal, y a la muerte la redención imperfecta del recuerdo de cada palabra que corre por mi espalda.



Como arqueólogos excavamos en las ruinas de los textos en busca de algún fragmento, alguna pieza que nos diga lo que se quiso decir. Esa búsqueda, esa reconstrucción discursiva, es signo y seña del afán utópico que late en mayor o menor grado en cada uno de nosotros.



El mapa catastral de *Oztoticpac* (ca. 1540) detalla en castellano y náhuatl la lotificación y la siembra de algunas tierras en el Valle de México. El mapa, preparado por los herederos de don Carlos Ometochzin Chichimecateatl – pronunciar su nombre es recordarlo - quien alegadamente revirtió a sus prácticas idólatras y por la cual fue ejecutado en el Zócalo a requerimiento del obispo Juan de Zumárraga, es una ventana a un pasado irredento. En el litigio sobre la confiscación de sus tierras, los herederos intentaron documentar ante la Real Audiencia – infructuosamente

hay que suponer - que la familia era el dueño y que el príncipe azteca ejecutado era solamente su fiduciario. Justificamos nuestro entendimiento de los derechos de propiedad desde la penumbra de la fe.



La representación cartográfica politiza el espacio. Las colindancias son líneas imaginarias que demarcan las fronteras de la voluntad.



Como documento histórico, el mapa de *Oztoticpac* no solo retrata el espacio, sino también el tiempo. En la representación del plantío de duraznos se atisba la cultura económica de los mexicas. El dolor y pérdida del mundo precolombino reside en su corteza.



El salitre cura el espanto que arropa la Cáncora. En la marejada de los muertos no hay piedra que resista, no hay quien se salve de la resaca del recuerdo.

El Paraíso Terrenal imaginado por Cristóbal Colón al encontrar la desembocadura del río Orinoco son un presagio de la destrucción de Tenochtitlán. En el Nuevo Mundo la expulsión del Paraíso es concebida como la Conquista.



La inmanencia supone un presente constante, cosificado. Cualquier interpretación de un texto que pretenda inocularse de su historia queda eventualmente acorralada por su propio desencanto.



PINTURA 9. THEODORE DE BRY, EN COLLECTIONES PEREGRINATIONUM IN INDIAM OCCIDENTAEM (1594)



**La leyenda negra.** En los grabados de Theodore de Bry la inmanencia del mundo se reproduce como la violencia del texto.



La distancia entre el sentido de un texto y la intención de su autor es inversamente proporcional a la claridad de su pensamiento. Claro, la claridad de uno es la oscuridad de otro.



La intención de los autores de un texto colectivo es un tropo retórico creado por sus lectores para no tener que confrontar su inexistencia.



***La política de la interpretación.*** Los cuerpos colectivos – aquello que en Derecho se califica con cierto pragmatismo culposo, como una persona jurídica – carecen de existencia en el sentido propio de la palabra. La ficción jurídica, como acto de magia, conjura la intención de una voluntad inexistente para disimular su ejercicio del poder.



El sentido original del texto, como el *noumenon* kantiano, nos es inaccesible.



La búsqueda de la intención autorial para fijar el sentido del texto se parece a un perro tratando de atrapar su rabo.

Con tres piedras en cada mano, me acerco desde afuera, y desde adentro conspiro a puño y letra contra la tinta que me desdibuja – lo juro – en nombre de la memoria.



Escritas estas palabras, mi vida e intención se disipan en el tiempo, dejando únicamente el rastro de lo que quise decir. El espíritu se extingue, la letra persiste. La disonancia entre la palabra y el objeto es la fisura que corre entre el sentido y la intencionalidad. El arte de la interpretación consiste en cultivar esa tensión.



Lo que se quiso decir siempre corre, como amante despechado, tras lo que se dice.



El significado siempre excede la intención. La voluntad absoluta es muda.



Se gana el entendimiento del texto a expensas de su autor. Yo, que escribo estas palabras, estoy abocado a desaparecer tras de ellas.



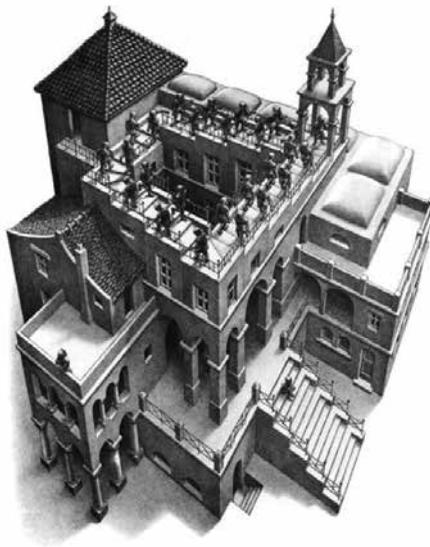
Olviden todo lo que aquí digo, no fue mi intención.



Hay cosas que no se deben decir por no despertar a las sombras que se esconden tras las cosas. Como decir, no hay palabras suficientes que rellenen el silencio en el desvelo de cada noche en que se cavila lo que siempre queda por decir.



No hay percepción en abstracto.



PINTURA 10. M.C. ESCHER,  
ASCENDIENDO Y DESCENDIENDOR (1960)



***Caminante no hay camino.*** Van tres años desde que empecé a caminar y no acabo de llegar. No es que me este quejando, pero en verdad no estoy del todo convencido de que tomé la decisión correcta al aceptar este trabajo. Me dijeron que mi única responsabilidad era caminar sin parar. El salario es bueno aunque no haya beneficios marginales. No anticipé que la tarea fuera imposible. Ahora, cada paso que tomo es una eternidad. Los segundos entre paso y paso se dilatan, y cada escalón promete tan solo otro escalón. Aún no he conocido quienes caminan al frente y detrás. La soledad es espantosa y la esperanza no tiene cabida en su monótona repetición.

Quien quiera que haya concebido esta escalera imposible debe tener un lugar reservado en el noveno anillo del infierno. Admito con resignación que saldría

corriendo de aquí si pudiera, pero no estoy muy seguro de que llegaría muy lejos. No veo el mar.



El pensamiento y el lenguaje ocurren necesariamente dentro de algún contexto. Esos contextos forman e informan no solo su pronunciamiento, sino también su recepción. Vivimos y morimos en la espera de lo imposible.



También los contextos hay que contextualizarlos. Como las tortugas, “it is contexts all the way down”.



PINTURA 11. VINCENT VAN GOGH, TERRAZA DE CAFÉ POR LA NOCHE (1888)



El pensamiento del afuera es un suspiro que se desvanece tan pronto se piensa. ¿Cómo hablar de la mentira? ¿De la verdad?



Los textos y sus contextos se contraponen entre sí y buscan subsumir al otro a cada momento. Esa pugna es lo que caracteriza el sentido – siempre provisional - que le atribuimos al mundo.



Leer un texto en atención a un reclamado significado literal es un ejercicio imposible. El lector confronta el texto desde su irremediable subjetividad, que incide en mayor o menor grado en su entendimiento. La relación dialéctica – dicho esto en su sentido platónico – entre el lector y el texto es la condición *sin qua non* de su significado.



***In vino veritas.*** La Intención entra al café de noche, con evidente propósito, y se dirige al Sentido, que se encuentra sentado a un lado, bajo el farol.

“Te ando buscando”, dice la Intención con aires de inquisidora.

“Aquí estoy”, contesta el Sentido mientras se toma su tercera cerveza. “¿Qué cuentas?” Halando una silla para sentarse, comenta la Intención, “Tengo problemas, nadie me entiende.”

Levantando el jarro espumoso, el Sentido responde sin prisa alguna, “Eso nos pasa a todos. Ven, tómate una copa”.

“¿Qué quieres decir?” pregunta la Intención impacientemente.

“Nada”, contesta el Sentido, “tan solo que te tomes algo para calmar los nervios”. Le hace señas al mozo para que le traiga una copa de vino. “Al final del día no importa lo que se quiere decir. Lo decisivo es decirlo”.

“Eso digo yo, pero nadie me cree”, se queja la Intención.

“¿No te creen o no te entienden?” cuestiona el Sentido.

“¿Acaso no es lo mismo?” replica la Intención con dogmática convicción.

El mozo llega con la copa y le sirve a la Intención, quien al tomarse un sorbo hace una mueca y acto seguido lo escupe al suelo con disimulada malicia. “¡Qué es esto!”, le increpa al mozo.

“Vino de la casa”, dice el mozo con cultivada cortesía. “Disculpe, creí que eso era lo que había ordenado.”

“Yo no pedí nada”, contesta indignada la Intención, “el que ordenó fue éste cabrón”, apuntándole al Sentido con su trémulo dedo.

“¿Cómo saber?”, dice el Sentido con lacónica ecuanimidad.



Como enmarcamos al mundo es primordialmente un ejercicio de voluntad. No llegamos muy lejos cuando tratamos de domesticar la intencionalidad.



Leer un texto en atención a un reclamado significado literal es un ejercicio imposible. El lector confronta el texto desde su irremediable subjetividad, que incide en mayor o menor grado en su entendimiento. La relación dialéctica – dicho esto en su sentido platónico – entre el lector y el texto es la condición *sin qua non* de su significado.

Un texto huérfano de lectores es como una piedra abandonada a la vera del camino.



El hallazgo de la piedra de Rosetta en 1799 permitió que se descifrara el significado de los jeroglíficos del antiguo Egipto. Previo a su descubrimiento, ese significado durmió por cerca de dos mil años en las arenas de El-Rashid sin que fuera perturbado. La literalidad – como principio hermenéutico – es la fosa del texto.



La noción de la literalidad supone que el sentido del texto está ahí, plasmado objetivamente, independiente de su lector, y que las palabras guardan dentro de sí su significado sin referente de clase alguno, suspendido en la eterna espera de su lectura.



La Historia, como el pez, muere por la boca.



**Paul Valéry.** No hay palabras perfectas, solo balbuceos continuos que se abandonan a su suerte, en el hastío que supura entre lo nunca dicho y la fiebre que hierve en la punta de la lengua.



En la antigüedad la lectura de los textos se hacía en voz alta. La voz daba vida al texto y lo liberaba del silencio infernal de la literalidad. Su significado requería de la oralidad y no de la lectura embrujada de la voz interior. Hoy que hemos abandonando la memoria de la oralidad, la reclamada preeminencia de la literalidad es reflejo de nuestro cargo de conciencia.



PINTURA 12. MUJER TIRANDO UNA PIEDRA, PABLO PICASSO (1936)



**Pedradas:** No hay manera de entender a la muerte que no sea con una piedra en la mano, de verla acercarse con su cara de inevitable circunstancia, ponerle el ojo y con una pedrada darle en el centro de la nada. Es cuestión de puntería, aunque siempre se falle.



La caracterización de nuestro ser como uno hacia la muerte – *Dasein* – es el límite de nuestra naturaleza. Este callejón sin salida es la fuente de nuestro muy humano afán oracular.



La noticia de la muerte de mi padre me alcanzó de madrugada en Beijing. La distancia geográfica contrasta con la inmediatez del golpe. La muerte es la cesura de la experiencia.



Salimos como entramos, en la cristalina transparencia del alma, dejando atrás el recuerdo de un amor siempre inconcluso, trayendo con el llanto la redención de la esperanza.



La muerte es un escándalo para quien la sufre. La disolución de nuestra individualidad pone en entredicho lo vivido. La respuesta – siempre provisional – que cada uno da a ese escándalo es propiamente dicho el significado de la vida.



El sufrimiento de los muertos es, para los muertos, irredimible. La historia de ese sufrimiento no es la página más elocuente de la justicia.



Las memorias y las vivencias del muerto se disipan, como la neblina en la madrugada. Los vivos recordamos como un acto de resistencia, por un tiempo, para postergar el olvido que se entrelaza en el dolor de la ausencia.



***Cantagallo.*** En verdad importa poco si se va o si se viene. Lo que importa – lo juro – es tener la convicción del lúcido ladrón, de saber que cada paso es uno en la dirección correcta cuando se corre a oscuras, huyéndole al canto del gallo antes de que salga el sol.

**PINTURA 13.** GALLO Y SOL ROJO,  
ITO JAKUCHU  
(CA. 1760)



La tradición, el pase de las memorias de generación en generación, se logra a costa de su inmediatez. La ritualización de la experiencia –aquellos que algunos llaman la historia– desemboca en el paganismo.



La experiencia estética es la sublimación de nuestra temporalidad. Un poema captura con mayor evocación y fuerza la fugaz inmanencia de nuestros días. ¿Cómo escribir un poema en un grano de arena?



Entre la gota que cae y la que le sigue habita un momento que pende incesante, en la hinchada espera de su húmeda redención.



¿Quién soy? La pregunta corre a lo largo de nuestras vidas. Toda respuesta es provisional, tan solo una parada en la ruta a otras paradas. El reclamo de la identidad choca contra nuestra historicidad.



Ontologizar a la historia es meramente cambiarle la cerradura a la jaula de hierro.



La identidad como una lista de lavandería: lenguaje, cultura, religión, familia, sexo y género, nacionalidad, clase, etc. ... La suma de las partes no es igual al todo.



Un paso al frente y dos hacia atrás, hasta tropezar con la tozuda fisura que corre entre nacer y morir, de adelante hacia atrás.



La identidad política es un asunto de lealtades coyunturales.



“Como puertorriqueño...”, acota algún interlocutor al expresar su opinión sobre algún tema de actualidad. La afirmación de la nacionalidad a modo de preámbulo es señal de un cargo de conciencia en busca de expiación.



*Sísifo de madrugada:* Es como volver a empezar, como amarrarse los cabetes cada mañana y acto seguido agarrarse por los tobillos y lanzarse hacia arriba en la sempiterna espera de quedar suspendido por un temible instante, al caer nuevamente.



En el discurso histórico sobre Puerto Rico, la periodización post-1898 es signo de afinidades electivas. Entender nuestra historia como el lento ascenso hacia la nacionalidad interrumpida por la guerra Hispanoamericana es pensar la identidad desde el resentimiento.



La lucha de clases como motor histórico es también parte de esa historia que pretende relatar. No hay manera de ver al mundo desde afuera de la historia, y toda aproximación está sujeta a su falsificación.



Lo accidental – por definición – no es esencial.



Como parte de un proceso histórico siempre inconcluso, la idea de una identidad nacional supone necesariamente la expulsión de lo que se entienda contrario a ella. El dogmatismo es la marca de Caín de todo nacionalismo.



Siempre queda algo por decir. Y si no lo hubiere, bastaría con recordar alguna promesa que romper, como decir, regreso a las tres, cuando en verdad no hay regreso sin huida en el tren de las tres.



*Las ruinas de Caparra.* Con sus cimientos al descubierto, la estructura que alguna vez debió haber sido habla elocuentemente de la ausencia. Nos acercamos a nuestra historia con la nostalgia en la mano, como si fuera una piedra, prestos a lanzarla a la menor provocación.



La violencia late en el recuerdo.



El colonialismo, lo que Pedreira con mejor olfato literario calificó como insularismo, es acaso la metáfora que mejor oculta nuestra coyuntura histórica. Como categoría descriptiva, el colonialismo se mueve en el cosificado espacio de una metafísica histórica difícil de justificar.



El retrato de colonizado como condición ontológica es la suma de nuestros resentimientos.



*Credo ut intelligam.* En su argumento ontológico para probar la existencia de Dios, San Anselmo parte de su definición como aquel concepto del cual nada mayor puede ser concebido, desembocando en la conclusión lógica de que tiene que existir en la mente y en la realidad. Como categoría política, el colonialismo en Puerto Rico es prueba fehaciente de que Dios existe.



El momento sucede a otro momento, y este a otro, y así sucesivamente. La concatenación de la experiencia de esos momentos en el lenguaje, como si hubiera algún orden predispuesto a ello, es fundamentalmente un ejercicio de la imaginación. Soñamos nuestras vidas desde un aquí y ahora que se desvanece a cada instante. Imaginarse un lenguaje es imaginarse un mundo de vida, observaba Wittgenstein.



El sentido de pérdida, la creencia de que de alguna manera la historia nos ha jugado una mala mano, es el sentimiento que caracteriza la indiferencia. Como en un sueño cuyo desenlace se anticipa, quedamos cegados ante la inevitabilidad de nuestras vidas.



PINTURA 14. CUEVA DE LASCAUX (CA. 17,000)



*Alegoría.* La tradición recoge el siguiente relato sobre el fin de los tiempos y la llegada del Mesías: Al filo de la medianoche en el claro de un bosque se encontraban

doce hombres sentados alrededor de un fuego, contándose historias y tomándose el poco ron que les quedaba, cuando de las sombras apareció un desconocido.

Al percatarse de su presencia, lo invitaron a sentarse, pero el desconocido prefirió quedarse en pie. Le preguntaron qué hacía en el bosque a altas horas de la noche. Este les contestó que había venido a salvar al mundo. Los otros lo miraron con curiosidad y le preguntaron a modo de broma si acaso no hubiera sido mejor llegar el día siguiente.

–“Cuando venga el fin de los tiempos”, le comentó el barbudo entre ellos, “es mejor que ocurra a la luz del día, para que todos lo vean”.

El desconocido, con cara de impaciencia, los amonestó con la seriedad que ameritaba el asunto, mientras ellos lo ignoraban y continuaban hablando entre sí.

Al rato, uno de los doce se viro a para ofrecerle un trago, pero este ya se había marchado sin decir palabra. Al despertar la mañana siguiente los doce ya se habían olvidado de la inusitada visita.

El relato no concluye con una advertencia o moraleja, no detalla cómo pudo recordarse si todos los presentes se olvidaron del evento. Tampoco se explica la incoherencia de un día después del último día. Quizás el tiempo es, en sí, alegórico. Tan solo nos queda el relato inconcluso como parte de la tradición, como quien no quiere la cosa.



**Bodegón.** Al fondo del zaguán, a su izquierda, hay una puerta que abre a ningún lugar que, si de lado se entra, de reojo se ve: una mesa con un jarro por florero – rojo – con el tedio de cada día.



La libertad es una categoría histórica que se opone a nuestra naturaleza. La capacidad de obrar es en sí mismo un juicio moral, como aprendimos a duras penas al ser expulsados del Paraíso.



**Decadencia.** El sentido de historicidad propio de todo ser humano supone, en mayor o menor grado, el entender la contingencia de nuestras vidas. Confrontamos el presente cuando finalmente entendemos que la historia no se mueve en dirección alguna.



PINTURA 15. CABEZAS GROTESCAS, LEONARDO DA VINCI (1490)

### III. Peccatum

Sísifo me interesa durante ese regreso, esa pausa. Un rostro que sufre tan cerca de las piedras es ya él mismo piedra. Veo a ese hombre volver a bajar con paso lento, pero igual hacia el tormento cuyo fin no conocerá jamás. Esta hora que es como una respiración y que vuelve tan seguramente como su desdicha, es la hora de la conciencia.

*Albert Camus, El mito de Sísifo*



PINTURA 16. LOS SIETE VICIOS, LA LUJURIA, PIETER BRUGHEL, EL VIEJO (1558)



**Lujuria:** El deseo se apoderó del cuerpo en el Edén. “Serán como dioses”, le susurraba la serpiente al oído de Eva. Seducida, se le acerca a Adán y lo invita a morder

de la fruta del árbol de la ciencia del bien y el mal. La libertad – la expulsión del Paraíso – se inaugura bajo el signo del deseo y culmina en la desnudez de la muerte. El amor a la carne (*eros*) es la resaca de lo que el tiempo deshace (*thanatos*). La transgresión, el deseo desenfrenado, es condición de nuestra humanidad.



**PINTURA 17.** LOS SIETE VICIOS, LA PEREZA, PIETER BRUGHEL, EL VIEJO (1558)



**Pereza:** La melancolía del alma – la acidia – se insinúa en el preciso instante en que se intuye el destino del cuerpo. Nos movemos a nuestro tiempo, como orugas. Cada movimiento, cada acción, un paso más en la dirección de nuestra eventual disolución. El enervado dolor de muela nos presagia la fosa. El carácter de la persona es su destino, sentenciaba Heráclito. La pereza es la lujuria desencantada. Nos repetimos en vida hasta morir.



**PINTURA 18.** LOS SIETE VICIOS, LA GULA, PIETER BRUGHEL, EL VIEJO (1558)



**Gula:** Los labios, los dientes, la lengua, hambre de hambre, sed de sed, boca sin fondo que se devora a si misma, conspirando contra el mundo. “Comed y bebed todos porque este es nuestro cuerpo y sangre”, exhorta la tradición, “que será entregado en el nombre del nombre”. Insistimos en el exceso por temor a la ausencia.

Nunca hay suficiente, y si lo hubiere, tampoco bastaría. El tiempo nos traiciona. La glotonería es índice de nuestra resignación.



**PINTURA 19.** LOS SIETE VICIOS, LA IRA, PIETER BRUGHEL, EL VIEJO (1558)



**Ira:** La insuficiencia de la justicia, su dependencia de la ley, provoca el resentimiento que invita a la venganza. La ira de uno es la transgresión del otro, que se ve retratada en la violencia. En la noche oscura del alma, donde todos los gatos son pardos, la desgracia invita al encono contra el mundo. No hay mal que por mal no venga.



**PINTURA 20.** LOS SIETE VICIOS, LA ENVIDIA, PIETER BRUGHEL, EL VIEJO (1558)



**Envidia:** Como jueyes en un cubo, nadie sale de aquí. La falta de reciprocidad, de solidaridad propiamente dicha, conduce al rencor y a la desesperanza que todo lo explica y nada entiende. Intimamos el purgatorio, sin remordimiento, a través de los párpados cosidos del otro.



**PINTURA 21.** LOS SIETE VICIOS, LA AVARICIA, PIETER BRUGHEL, EL VIEJO (1558)



**Avaricia:** La perversión de la contingencia. Insistimos en vernos a través de las cosas, como paganos, como si estas nos ganaran siquiera un segundo más de vida. A mayor acumulación, mayor creencia en nuestra indispensabilidad. La avaricia es la respuesta económica a nuestra mortalidad.



**PINTURA 22.** LOS SIETE VICIOS, LA SOBERBIA, PIETER BRUGHEL, EL VIEJO (1558)



**Soberbia:** El *amor fati* es la justificación de toda transgresión. El deseo nos lleva a la culposa creencia de que somos exentos, expiados por el eventual desenlace de nuestras vidas. Quizás la serpiente tenía razón: somos como dioses, aunque caídos. Muero, por lo tanto soy.



PINTURA 23. ADÁN Y EVA, ALBRECHT DÜRER (1504)

#### IV. Transgresiones

Knowledge forbidden?  
 Suspicious, reasonless. Why should  
 their Lord  
 Envy them that? Can it be a sin to know?  
 Can it be death?

John Milton, *Paradise Lost*

Vivimos en nuestro lenguaje como hombres ciegos caminando por el borde de un abismo. Este lenguaje está cargado como catástrofes futuras. Vendrá el día cuando se vire contra aquellos que lo hablan.

*Gerhom Scholem*



El pecado original, como desobediencia, supone una lectura banal de la caída y la expulsión del Paraíso. Esa caracterización de nuestra naturaleza – de nuestra inclinación a la desobediencia – esta predicada en una concepción que desdibuja la libertad bajo el pretexto de la concupiscencia. La transgresión invita a la retribución, al castigo. Desde esta perspectiva la caída se inaugura bajo la sombra de la prohibición.



En la fábula edénica, la expulsión y muerte es de ordinario entendida como consecuencia de la desobediencia contra la prohibición de comer del árbol de la ciencia del bien y el mal. En la *mise-en-scène*, sin embargo, Adán y Eva aún no han adquirido ese conocimiento al momento de morder del fruto. Esta falta de capacidad de obrar obliga la introducción de la serpiente como villano fálico para asegurar la seducción de Eva.



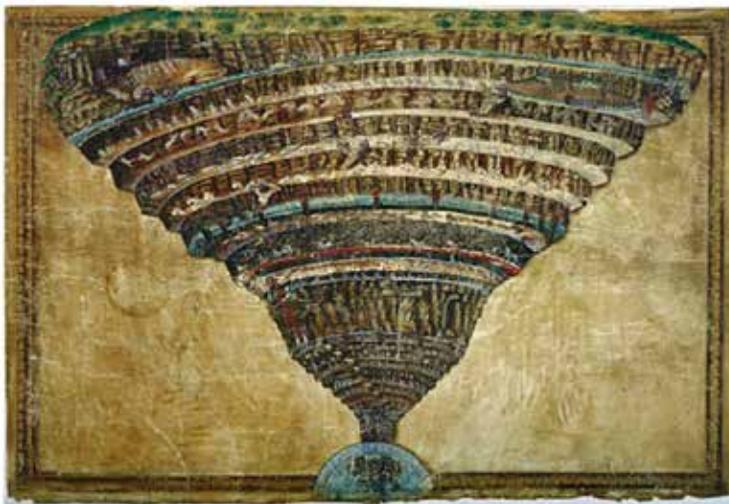
Serán como dioses, susurra la serpiente del jardín. La libertad se inicia bajo el signo del deseo.



Es cuestión de perspectiva, de ver las cosas como quien no quiere ver – como dios, en cámara lenta – desde la imposible distancia la diferencia entre una promesa incumplida y la luz que se dobla al huir de su grávida historia.



El Paraíso es la naturaleza indiferenciada. La plenitud en el Edén es la eterna monotonía de lo mismo.



PINTURA 24. EL INFIERNO, SANDRO BOTICCELLI (CA. 1480-1495)



**Infierno.** Se dice de un teólogo que se pasaba los días postulando y gesticulando al aire sus nociones del Diablo y el Infierno a quien quisiera escuchar. Este teólogo no era un miembro del clero ni profesaba fe específica alguna.

Era, en el sentido propio de la palabra, un estudioso de Dios. Se comentaba por lo bajo que de tanta elucubración estaba perdiendo su uso de la razón, un reconocido riesgo del oficio.

En sus recientes disquisiciones el teólogo argumentaba, y cito de unas transcripciones tomadas por algún oyente que me las hizo llegar, que “el Diablo es una figura problemática, de contradicciones insalvables que ponen en tela de juicio todas nuestras creencias”. Continúa la transcripción, “dependiendo del relato que se prefiera, la caída del ángel de luz es atribuible a la soberbia, a la vanidad o a su amor por la humanidad. Esta última hipótesis invita a compararlo con la figura trágica de Prometeo. Cualquiera de ellas sería explicación suficiente para dar cuenta de por qué fue lanzado de la presencia de Dios”. Las implicaciones de su caída aún están por verse.

En otros textos el teólogo insiste con San Agustín que el mal es la ausencia del bien y, por tanto, no fue creado. “La ausencia de Dios”, dice otro de sus ensayos, “es la definición por excelencia del mal. Siendo consecuente, habría que inferir que el mal absoluto – encarnada en la figura del Diablo – es la nada absoluta. Esta pirotecnia intelectual releva inadvertidamente a Dios de su responsabilidad y erosiona la libertad ganada antes de nuestra expulsión del paraíso”.

El texto se pregunta, “¿Será el infierno redimible?”. Acto seguido contesta como fiera tras su presa, “Nada, ni la muerte, ni los ya condenados al infierno, ni el Diablo han caído tan lejos que no puedan volver ante la presencia del Dios. La última no la paga el diablo, sino la *caritas* de Dios”. El camino al paraíso, versaba Dante, comienza en el infierno.

El viernes pasado el teólogo fue recluido en un hospital de la capital con una severa condición de nervios.



***Contra Pablo (Romanos 8.2):*** La muerte no es consecuencia, sino el pecado mismo.



El libre albedrío precipita la muerte. ¿Será esta la intuición del autor hebreo que la tradición insiste en sofocar? La caída y expulsión es primordialmente una alegoría moralista: Vivimos y morimos porque somos libres, como bien entendía Tertuliano. La desnudez del cuerpo es reflejo de la desnudez del alma.



El pecado original: entendemos al Paraíso desde la culpa, desde nuestro deseo de regresar al principio para expiar nuestras vidas. En el nacimiento de cada niño, en los dolores de parto de la madre, se re-escenifica la expulsión.



De tanto ir no hay vuelta atrás a los orígenes de las piedras, a esos momentos perdidos en las penumbras del recuerdo, donde cada día se imagina como la envidia del tiempo.



El pensamiento utópico – el árbol de la vida, custodiado por remolinos que disparan rayos – es esencialmente a-histórico.



Desconfío de las palabras, de su ontología de la esperanza, de su gesta de carne contra hueso, de sus erupciones espontáneas, cómplices codificados contra el silencio.



PINTURA 25. ILLUSTRATIONS OF THE BOOK OF JOB. PLATE 11, WILLIAM BLAKE (1826)



**Job 1: 13-21.** *Luego de que el Satán saliera de la presencia de Yahveh, los otros Hijos que se quedaron ante él le preguntaron si estaba seguro que Job no lo iba a maldecir.*

*Yahveh los miro sorprendido, pues se había olvidado que estaban ahí, y les dijo: “Nada es seguro, habrá que esperar a ver qué ocurre.”*

*Los Hijos se miraron entre sí, dudosos de la gloria de Yahveh. Uno de ellos, no se sabe cuál, preguntó: “¿podrá el Satán ganar la apuesta?”*

*Entonces Yahveh comprendió su error y le respondió con urgencia: “Ve tú y asegúrate que el Satán no le ponga las manos a Job”.*

*Y el Hijo salió de la presencia de Yahveh, temeroso, a recorrer la tierra en busca del Satán.*

*Pasado un tiempo, finalmente lo encontró en el jardín, sentado bajo el árbol del conocimiento, y le preguntó si había encontrado a Job.*

*“Aún no”, le contestó, “pienso en como mejor tentarlo”. Entonces le preguntó: “tienes alguna sugerencia?”*

*El Hijo le dijo al Satán: “lo importante es seguir el acuerdo y no ponerle las manos a Job”.*

*El Satán contempló al Hijo con pena pues comprendió que agonizaba con cada palabra.*

*El texto original de este pasaje, apócrifo, está escrito en arameo. Fue hallado, junto a otros papiros, en un ánfora en una de las tantas cavernas que rodean al Mar Muerto. Las pruebas de radiocarbono lo ubican 200 años antes de Cristo. Por su contenido, se cree que fue escrito por alguna de las sectas mesiánicas de Cumrán, que en aquel entonces allí vivían. Los estudiosos creen que este pasaje le seguía al versículo 12, del primer capítulo del libro de Job del antiguo Testamento. El escándalo teológico de este pasaje es fácil de advertir: un Yahveh vacilante y olvidadizo, la justicia agónica de la apuesta entre Yahveh y el Satanás, un Satanás piadoso sentado en un Paraíso post-expulsión, un Hijo innominado que parece anticipar a un Mesías temeroso. No es de extrañar que el texto no se haya incluido como parte del canon. Ed.*



PINTURA 26. LOS PRETORIANOS DEL LOUVRE (CA. SIGLO II AD)

## V. El mal ladrón

And you, my father, there on the sad  
height,  
Curse, bless, me now with your fierce tears,  
I pray.  
Do not go gentle into that good night.  
Rage, rage against the dying of the  
light.

*Dylan Thomas, **Do not go gentle  
into that good night***

Quizás cuando transcurra todo,  
también la palabra y el silencio,  
quede esa zona abierta  
como una esperanza hacia atrás.

*Roberto Juarroz, **Poesía Vertical VIII-2***



**En el pretorio.** El Evangelio de San Juan (*Juan: 18:33-38*) detalla con estudiadas pinceladas la confrontación entre el procurador Poncio Pilato y el sumariado Jesús de Nazaret. Este interrogatorio pone en escena la siempre irresoluta tensión entre la verdad y la justicia. De ordinario leemos esta confrontación desde la perspectiva de Jesús, como una incidencia de su pasión, muerte y resurrección. El narrador no busca hacer un comentario filosófico o político sobre el significado de la verdad, sino una afirmación de fe sobre su encarnación en la persona de Jesús, anticipada ya en *Juan: 14,6*. Desde la perspectiva del procurador, en cambio, la pregunta sobre qué es la verdad se entiende de manera retórica, y de la cual no se espera contestación alguna. La invitación es a inferir que, para Pilato, la verdad será lo que él diga. La verdad es entendida exclusivamente desde el ejercicio del poder, del juzgador quien está llamado a aquilatar si el reino anunciado por Jesús supone, en efecto, un reto a Roma. Leído a través del lente de la experiencia de la destrucción del Templo de Jerusalén en el año 70, se advierte una comunidad cristiana dedicada a presentarse leal a Roma, y no como los subversivos judíos descritos por Flavio Josefo en *La guerra de los judíos*. Pilato está llamado a poner en la balanza de la justicia romana la acusación de los sumos sacerdotes frente a la verdad alegada por el acusado. La verdad cede ante el reclamo del Derecho. Las exigencias de la verdad y de la justicia no coinciden en el cosificado espacio del pretorio. La tragedia de Pilato – la de Jesús queda redimida por la resurrección – reside en que, creyendo en la inocencia de Jesús, lo condena a la crucifixión por consideraciones de *policy*. Dos mil años después aún no hemos aprendido a como lavarnos las manos.



**Barrabás.** Entre el hijo del hombre y el hijo del padre se intuye la ley del talión: ojo por ojo, diente por diente, hijo por hijo.



Gestas, el mal ladrón, le recrimina a Jesús en la cruz para que los salve. La tradición – incluyendo la apócrifa – contrapone a Gestas al sublime Dimas, para resaltar su cinismo frente a la cruel crucifixión. En los intersticios de las Actas de Pilato se escucha la voz de la desesperanza irredenta.



**Tres tentaciones.** Cuarenta días y cuarenta noches no bastan para conjurar a la ausencia, tienta el recuerdo al caer la tarde. Cuarenta días y cuarenta noches no bastan para volver al cuerpo, susurra el deseo con su pena al hombro. Cuarenta días y cuarenta noches no bastan para matar a la muerte, llora la sombra en el desierto del alma.



Entre el mal y el buen ladrón, no el Cristo, sino Roma. Los ladrones su usan como topiarios para adornar la pasión y muerte de Jesús, asumiéndose la justeza de sus condenas. La posible inocencia de Gestas queda relegada frente al relato salvífico de Dimas.



La resignación de Dimas ante su muerte – como lección teológica – le gana la resurrección. La protesta de Gestas le cuesta el Paraíso. Para entrar al Reino de Dios hay que someterse a su jurisdicción.



El escándalo de Gestas no es que sea un ladrón convicto por el procurador romano, sino que se resiste a su destino. Su recriminación a Jesús, delata una humanidad sufrida que rechaza su suerte.



Al otro lado del abismo la nada nos hala hacia adentro, y con cada minuto que pasa un muerto entierra a otro muerto en la resaca del recuerdo.



La verdad es que miento cuando digo que miento, y como mal ladrón me acerco de lejos, sin darme cuenta, a los estertores del alma.



**Providencia:** Todo inicio termina en aquel primer paso, en esa manera coja de caminar por las calles, de verse en las vitrinas que reflejan el ocaso del cuerpo; de la providencia herida por su promesa incumplida, que insiste día tras día en el instinto disoluto de la esperanza que asoma, justo en el preciso momento en que nada queda por hacer.



Para el tiempo mesiánico cada momento guarda una deuda con su propia extinción. El precio de la redención –la catástrofe– se paga cada día, a prorrata.



“¡Espera!; Espera!”, le grita la esperanza a la Historia mientras camina –como paquidermo– inexorablemente hacia ningún lugar.



PINTURA 27. GRABADO DE SABBATAI ZEVI (1626-1676)



***Confesiones de un apóstata.*** En el infortunio se pierde la noción del tiempo. No sé qué día es. Es el mes de septiembre, creo. A todos nos llega la hora de confesar nuestras transgresiones. La mía, haber reclamado ser el ungido de Dios. Fui víctima de mis convicciones, de la certeza que confiere la soberbia. Ante mi inminente muerte, admito que confundí el origen de las voces que escuchaba. Creí que eran ángeles quienes me hablaban, que me instruían y dirigían mis acciones, en el nombre del innumerable. La impaciencia de la justicia me hizo escuchar lo que quise oír. He recitado los textos sagrados y orado por el discernimiento hasta altas horas de la noche, inútilmente.

La soledad me ha quitado el sueño, la razón y el deseo. Reconozco mi error, aunque sea muy tarde. No fueron los ángeles, sino la brisa del desierto que susurraba en mis oídos. Fue la ausencia la que atravesaba mi cuerpo. No niego la existencia de los ángeles, ni de Dios. Existen – ahora comprendo – de la misma manera que existe la ley: porque sí. Esta es mi condena, mi expiación.



El tiempo histórico no es, de ordinario, equivalente al tiempo entendido en su acepción científica. Nuestra experiencia de la temporalidad está saturada por nuestra mortalidad. La finalidad de nuestras vidas detiene el tiempo. El *escatón* es la visión invertida, la cámara oscura, de ese tiempo detenido. En cambio, el tiempo

–junto al espacio– se describe en la teoría general de la relatividad en función de un *continuum* que enmarca y condiciona el universo. Esta aproximación a la temporalidad – tiempo vacío, en frase de J.B. Metz – parece de poca utilidad para la Historia. En la crisis de cambio climático que amenaza el planeta, sin embargo, nuestra historicidad se estrella contra la temporalidad. Por un breve lapso de tiempo, la teoría general de la relatividad encuentra su homólogo en la escatología.



PINTURA 28. WINSLOW HOMER, THE GULF STREAM (1899)



**Naufragio.** Se cuenta la historia de un náufrago que, al zozobrar su embarcación en la tormenta, logró a duras penas alcanzar el barco salvavidas. Sólo, el barco flotó sin rumbo en el inmenso mar, empujado por las corrientes, el viento y las olas. No teniendo agua dulce, el náufrago pronto empezó a sentir la obcecada sed que consume al cuerpo.

Pasaron incontables días y noches sin avistamiento alguno, con la alerta dorsal de un tiburón marcando el paso del tiempo. Deshidratado y divagando, el náufrago comenzó a hablarle a su sombra. “Pronto, pronto, nos encontrarán”, insistía el náufrago. “Siempre tan optimista”, le replicó la sombra, impaciente, huyéndole a la luz del sol. Pasadas unas horas el náufrago murmuraba, “Pronto, pronto”. “Acuéstate de ese lado y ya verás”, le azuzaba la sombra. El barco continuó a la deriva hasta desaparecer del relato. No se volvió a saber del barco, ni del náufrago, ni de su sombra. Nunca se supo su nombre, si era padre o si era hijo. El silencio absoluto se apoderó de las palabras. Se sospecha que finalmente murió en alta mar, sumido en el dolor que acompaña el olvido. Lo único que queda es esta historia inconclusa como testimonio de la irredenta esperanza.



La noción de que al otro lado del tiempo hay alguna justificación para nuestra existencia es indicio de la persistencia de ese sentido mesiánico dado a cada

generación, como sugería Benjamin. El hecho de que tengamos dicha noción, sin embargo, no garantiza su eventualidad. Hay fracasos que brillan por su constancia.



El estudio de la Historia es el arte de la soledad.



La ley (Halajá), como barricada contra la indiferencia de la eternidad, es la respuesta a nuestra mortalidad. La tradición, o la normatividad hecha historia, es el tenue vínculo que mantenemos con el pasado. La improbable redención de nuestra humanidad – la utopía – reside en que no hay marcha atrás. El árbol de la vida, como relata el mito, está custodiado al oriente por querubines con espadas ardientes.



El tiempo mesiánico es, en el fondo, la manifestación teológica de nuestra resistencia a la inevitabilidad de nuestras vidas. Pensamos el fin desde un presente que se desdibuja a cada instante. Lo verdaderamente paradójico del tiempo mesiánico es que el Mesías, como personificación de la catástrofe, es prescindible.



El Mesías vino y se fue en el tren de las tres.



PINTURA 29. HANS HOLBEIN, EL CUERPO DE CRISTO MUERTO EN LA TUMBA (1521)



*Cavilaciones de un muerto en tres movimientos: Primer día, adagio.* Me veo en caja. El terciopelo se insinúa, y el ojo corre de lado a lado hasta posarse en una mancha de humedad a mi izquierda.

Una filtración, supongo. Llovió mucho anoche, recuerdo, creo. No sé por qué se marchó. Quizás algo que dije, algo que hice.

*Segundo día, lento moderato.* Nunca me gustaron los espacios cerrados, me recuerdan a la ausencia. Será el remordimiento que hurga, como la sal que cura al

tasajo. Llovió otra vez, sentí el eco de las gotas, como premoniciones de un pasado por llegar. No fue mi culpa. No importa.

*Tercer día, larghissimo.* Parece noche, la oscuridad aún insiste. Sé que está ahí, la siento pesada sobre mis hombros, sin remedio. Mejor no abrir los ojos. Lo mejor que hizo dios fue un día después de otro, dicen, pero tres días son una eternidad. No fue mi intención. Me tomaría un trago, esto es para largo.



PINTURA 30. BESTIARIO, ANTONIO MARTORELL (2013)

## VI. Bestiario

Quienes están poseídos por los demonios hablan con la lengua fuera de la boca, por el vientre, por sus partes naturales y emplean diversos lenguajes desconocidos. Provocan temblores de tierra, truenos, rayos, vientos, desarraigan y arrancan árboles, por grueso y fuertes que sea; hacen que una montaña se desplace de un lugar a otro, levantan un castillo en el aire y vuelven a colocarlo en su sitio, fascinan y deslumbran los ojos, de manera que con frecuencia hacen ver lo que no es. Doy fe de habérselo visto hacer a un brujo, en presencia del difunto rey Carlos Noveno y de otros grandes señores. [...] Los espíritus malignos son los ejecutores y verdugos de la alta justicia de Dios, y nada hacen si no es con su consentimiento. [...]

*Ambroise Paré, **Monstruos y Prodigios** (1575).*



Al inicio de su libro *Monstruos y Prodigios*, el cirujano francés Ambroise Paré comenta que entre las trece causas de los monstruos están, respectivamente, la

gloria y la cólera de Dios, la cantidad excesiva o menguada de semén (según el monstruo de que se trate), el engaño de los malvados itinerantes, los demonios o diablos, y la imaginación. Quisiera pensar que estas causas no son necesariamente excluyentes entre si. Los breves relatos que a continuación se reproducen a título de crónicas están basados, con tímida licencia poética, en el *Libro de Novedades* de la Policía de Puerto Rico de varios precintos de la isla. Los relatos, sobre los cuales no pasamos juicio, recogen testimonios de ciudadanos que dicen haber visto extrañas bestias entre nosotros. Los garadiablos, el vampiro de Moca, la Virgen del Pozo y el Chupabras no parecen estar solos. En momentos de crisis la imaginación enardece y los miedos caminan las calles, anticipando el fin de los tiempos.



PINTURA 31. HARTMANN SCHEDEL, LIBER CHRONICARUM (1493)

## I

Un vecino, varón, como de cuarenta años, del barrio Las Cabezas en Fajardo reportó haber visto un hombre descabezado como a las diez de la noche de ayer. Mientras caminaba por playa Jayuya vio un hombre caminando a la distancia, quien al escuchar sus movimientos en la arena, giro para mirarlo. El vecino que venía de cerca, observó que su cara estaba en su pecho, y una larga cicatriz corría de hombro a hombro. Al darse cuenta que lo estaban observando, el blemio hizo un gesto silente con la boca – parecía como una “o” – y corrió hasta perderse por entre la vegetación.

El vecino insiste en mantener su anonimato por temor al qué dirán. Tampoco indicó qué hacía en una playa tan recóndita a altas horas de la noche. Al preguntársele que creía haber visto, éste comentó que la prudencia recomendada no especular.



PINTURA 32. HARTMANN SCHEDEL, LIBER CHRONICARUM (1493)

## II

Se recibió una llamada a las tres de la mañana de una ciudadana que se identificó como Polifema Esposito Rivera, de 57 años de edad, viuda, residente de Quebrada Cimarrona en Barceloneta. No pudiendo dormir, dice ella, se asomó por la ventana de su casa que da a la carretera número 666 y vio una persona correr como alma que lleva el diablo. Dice que logró alcanzar ver su cara y que lo que le llamó la atención fue que tenía un solo ojo, y que de él brotaban unos lagrimones azulados que le mojaban toda la cara, como si hubiera sufrido una desventura amorosa. Se le preguntó si era tuerto, y ella dijo que no, que el ojo estaba en el centro de la frente.

–“¿Como un cíclope?”, le preguntó el agente, a lo cual replicó que no sabía lo que era eso, pero estaba segura que era un ser maldito.

–“El amor hace eso”, sentenció Polifema con católica convicción.



PINTURA 31. HARTMANN SCHEDEL, LIBER CHRONICARUM (1493)

## III

Edipo Pérez, mayor de edad, casado, alguna vez mecánico y vecino del barrio Cuchillas de Morovis, vino al precinto el miércoles a las tres de la tarde a radicar

una querrela contra un vejigante que dice lo agredió en horas de la mañana, durante el desfile de los miembros del circo que acababa de llegar al pueblo. De acuerdo al querellante, el vejigante venía saltando en un solo pie como si estuviera jugando a la peregrina. Los vecinos que observaban el desfile comenzaron a burlarse de él. Esto enojó tanto al esciápodo que lanzó una patada cayéndose al suelo al perder su balance.

Según el querellante la patada lo alcanzó en la pantorrilla. -“Ahí fue que me di cuenta que solo tenía un pie, que era enorme y que tenía que ser una aberración, como los mutantes de esas películas de Hollywood”, aseveró con aplomo el querellante.

Después de escuchar su relato, el sargento le preguntó que le había dicho al vejigante que lo provocara, quienes eran los vecinos que presenciaron el evento y a qué hora se había bebido la caneca que se asomaba del bolsillo de su pantalón.

-“Vete pa'l carajo, yo sé lo que vi, viejo barrigón”, le contestó el querellante en tono molesto al marcharse.

*Una nota marginal dice que investigaciones de campo no hallaron evidencia alguna de la llegada de un circo al pueblo. Ed.*



**PINTURA 34.** SEBASTIAN MÜNSTER, GRABADO DE DERECHA A IZQUIERDA:  
UN ESCIÁPODO, UN CÍCLOPE, UNOS SIAMESES, UN BLEMIO Y UN CINOCÉFALO (1544)

#### IV

A las cuatro de la mañana del jueves, el ciudadano Luis Rivera llamó por teléfono al cuartel para quejarse del magno escándalo que emanaba de una iglesia y que no le dejaba descansar. La iglesia está ubicada en el sector Corea del Barrio Caimito Abajo de San Juan. Según las declaraciones del ciudadano, la iglesia estaba utilizando un sistema de altoparlantes que ponían a todo volumen para predicar en un lenguaje incomprensible y tocar música alegadamente sacra. Al menos no era reggaetón, comentó el ciudadano. Se envió a una patrulla a la iglesia para

pedirles que bajaran el volumen. Al llegar la unidad, los agentes informan que se encontraron con un grupo de personas que parecían bestias exóticas, uno con un pie gigante, otro con cabeza de perro, uno con un ojo y otro sin cabeza. Había varios más que no se lograron describir. Todos parecían estar en un tipo de trance, poseídos por algún espíritu y hablando en lenguas. Al inquirir los agentes en voz alta quien estaba a cargo, los feligreses aullaron al unísono a la luna llena y salieron despavoridos del local, tropezando unos con otros. Los agentes no lograron detener a ninguno de ellos.

*Una nota marginal señala que desde entonces la iglesia ha quedado abandonada y tan solo se escucha, entre tiros aislados, un solitario aullido cada jueves a las cuatro de la mañana. Ed.*



PINTURA 35. GIOVANNI BATTISTA DE CAVALIERI, MONSTRUOS DE TODAS PARTES DEL MUNDO ANTIGUO Y MODERNO (1585)

## V

Libertario Guzmán, dudoso vecino del barrio Chupacallos de Ceiba, vino al precinto a radicar querrela contra un desconocido contra quien alega le alteró la paz. El oficial González, placa número 7863, le fue asignado el caso y procedió a tomarle la siguiente declaración: “venía caminando por la calle Betances cuando de repente escucho un silbido. Cuando me viro, veo a una persona al otro lado de la calle con seis brazos que me está haciendo señas. Le pregunto qué quiere, y sin provocación me silba que soy un “mamabicho”. Molesto, crucé la calle para preguntarle cuál era su problema. El extraño salió corriendo en la dirección contraria riéndose como un loco. No lo volví a ver.”

—“¿Por curiosidad, ¿cómo se dice ‘mamabicho’ con un silbido?”, preguntó el oficial González.

—“Con los labios puestos en forma de “o” y exhalando ligeramente” contestó Libertario con adquirida experiencia.

–“¿Me lo puede mostrar?” , inquirió el agente Rivera.

–“Como no”, y procedió a silbar en tonos agudo, con una pausa entre tonos.

–“¿No le estuvo raro que tuviera seis brazos? ”, le cuestionó el oficial.

–“¿Quién puede pensar en esos detalles cuando lo están calumniando?” , replicó el impaciente Libertario.

El agente le refirió el caso al fiscal de turno quien instruyó se radicara el caso ante el Tribunal de Primera Instancia para determinación de causa.

*Una nota marginal acota que se desconoce el desenlace del caso judicial. Ed.*



**PINTURA 36.** GIOVANNI BATTISTA DE CAVALIERI, MONSTRUOS DE TODAS PARTES DEL MUNDO ANTIGUO Y MODERNO (1585)

## VI

A altas horas de la noche las hermanas Genoveva y Concepción Cruz se presentaron al cuartel para reportar un extraño ser posado sobre el árbol de quenepa que está al borde de la parcela, a la orilla del camino municipal y que – alegaron ellas – las miraba con manifiesta lujuria.

–“Es un ser imposible, perverso”, decía Genoveva.

–“Es un animal del demonio”, coreaba Concepción.

–“¿Le tomaron una foto?” preguntó la retén.

–“Sí”, contestó Concepción, “pero del susto se me cayó el celular y se rompió”.

–“Era un animal con cuerpo de hombre, rostro barbudo en el torso, guapo, con dos alas como las de San Gabriel pintado en el vitral de la iglesia, cuello largo y cabeza de avestruz”, describió Genoveva con científica precisión antes de que su hermana diera su versión. “Creo que era el anti-Cristo”, añadió con voz baja y grave.

–“Seguro que no era un pájaro bobo?”, preguntó de manera sarcástica uno de los guardias que a un lado escuchaba el relato.

–“Sabemos lo que es un pájaro bobo”, replicó Concepción con frialdad, “y esto tenía cabeza de avestruz, como el del zoológico del Bronx.”

La retén tomó la información y les sugirió que cerraran todas las puertas y ventanas, y se tomaran un té de hojas de naranja para calmar los nervios.

*Unas notas marginales indican que no hubo reportes adicionales esa noche en el barrio Caín Bajo de San Germán. Ed.*



PINTURA 37. CAOS PRIMORDIAL, ZHU DERUN (1349)

## VII. Cuatro verdades

Tú, que me lees, ¿estás seguro de entender mi lenguaje?

*Jorge Luis Borges, **La Bilioteca de Babel***

**Sufrimiento:** “¡Espera, Espera!” le grita el corazón a la memoria mientras ésta va desvaneciéndose en un murmullo incomprensible. El sufrimiento es el resentimiento del dolor ante la ausencia del mundo. Vivir es llorar las lágrimas de un recuerdo que se disipa en un pasado sin forma.



**Deseo:** La distancia entre ser y querer es inversamente proporcional al amor no correspondido. El deseo es la respuesta del cuerpo a su eventual disolución. En la persecución del *hic et nunc*, insistimos en entrar por el ojo de una aguja. Llegamos inevitablemente a donde siempre hemos estado: a la promesa de una vida irredenta.



**Renuncia:** En la negación del deseo, el sentimiento de culpa por nuestro apego a un mundo que gira a pesar de sus pesares, recreamos la expulsión del paraíso. Lo mejor que hizo Dios – excusa el dicho popular – fue un día después de otro. Y después de ese otro y otro y otro... La puerta de salida está custodiada por nuestras creencias.



***El camino:*** El camino a Santiago pasa por *Taishan* (泰山). Nos engañamos con cada paso que tomamos, insistiendo que mejor que llegar es pensar que se va llegando. La verdad se nos escapa por el aliento.



FOTOGRAFÍA 1. PUEBLO BONITO, EL CAÑÓN DEL CHACO (CA. AD 850)

## VIII. El Cañón del Chaco<sup>1</sup>

A la puesta del sol, por unos llanos, y entre unas sierras muy grandes que allí se hacen, allí hallamos una gente que la tercera parte del año no comen sino unos polvos de paja; y por ser aquel tiempo cuando nosotros por allí caminamos, hebímoslo también de comer hasta que, acabados estas jornadas, hallamos casas de asiento, adonde había mucho maíz allagado, y de ello y de su harina nos dieron mucha cantidad, y de calabazas y frisoles y mantas de algodón, y de todo cargamos a los que allí nos habían traído, y con esto se volvieron los más contentos del mundo. Nosotros dimos muchas gracias a Dios nuestro señor por habernos traído allí, donde habíamos hallado tanto mantenimiento. Entre estas casas había algunas de ellas que eran de tierra, y las otras todas son de estera de cañas; y de aquí pasamos más de cien leguas de tierra, y siempre hallamos casas de asiento, y mucho mantenimiento de maíz, y frisoles y dábannos muchos venados y muchas mantas de algodón, mejores que las de la Nueva España. Dábannos también muchas cuentas y de unos corales que hay en la mar del Sur muchas turquesas muy buenas que tienen de hacía el Norte; y

---

<sup>1</sup> Fotografías de Rodrigo Córdova Rosado.

finalmente, dieron aquí todo cuanto tenían, y a mí me dieron cinco esmeraldas hechas puntas de flechas, y con estas flechas hacen ellos sus areitos y balles; y paresciéndome a mí que eran muy buenas, les pregunté que dónde las habían habido, y dijeron que las traían de unas sierras muy altas que están hacia el Norte, y las compraban a trueco de penachos y plumas de papagayos, y decían que había allí pueblos de mucha gente y casas muy grandes

*Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Naufragio (1555)*

Este pueblo está lleno de ecos. Tal parece que estuvieran cerrados en el hueco de las paredes o debajo de las piedras. Cuando caminas, sientes que te van pisando los pasos. Oyes crujidos. Risas. Unas risas ya muy viejas, como cansadas de reír. Y voces ya desgastadas por el uso. Todo eso oyes. Pienso que llegará el día en que estos sonidos se apaguen.

*Juan Rulfo, Pedro Páramo*



El centro del universo es equidistante al dolor que corre por mi espalda. No hay historia sin erosión, susurran al viento las piedras del Chaco.



FOTOGRAFÍA 2. RODRIGO CÓRDOVA ROSADO,  
PETROGLIFOS EN UNA VIDA, CAÑÓN DEL CHACO (2019)



**Petroglifos.** El poema es un mito. Mientras más se lee, más se aleja del amor que corre tras la memoria herida de una vida.



**Pueblo Bonito.** El Cañón del Chaco es un testamento a la fugacidad.

Proyectamos nuestras vidas sobre la inmensidad en la tardía esperanza de que todo esto tenga algún sentido, algún día.

La elocuencia de las ruinas es el remordimiento de la historia. Sus umbrales aguardan el retorno del deseo petrificados en su esperanza con sus soledades conspirando con los elementos.



Recientemente se descubrieron unos dibujos del neolítico en la caverna de *Leang Bulu' Sipong 4*, en Sulawesi, Indonesia, en el cual se representan *varios* figuras teriomórficas cazando jabalíes y búfalos. Los dibujos se estiman ser de cerca de hace 40,000 años atrás y son las representaciones artísticas más antiguas de la humanidad encontradas al día de hoy. La distancia entre estas representaciones y el grafiti que adorna las paredes de la Calle Serra en Santurce es cuestión de grados. Las bestias aún caminan entre nosotros.



Las palabras -como témpanos de hielo - ocultan bajo la superficie el temible silencio del frío.



La frágil desolación se disimula en la luna que enciende el olvido. Aún el polvo, murmura el espacio, en polvo se convertirá.



FOTOGRAFÍA 3. RODRIGO CÓRDOVA ROSADO, FAJADA BUTTE, CAÑÓN DEL CHACO (2019)



Como cordal a las dos de la mañana, *Fajada Butte* sale del suelo profundo, a destiempo. El *butte* arropa el recuerdo entre el barro y el fuego y en el inmenso silencio la daga del sol marca el ebrio equilibrio sobre el filo del solsticio.



En el camino del maíz la distancia entre cada paso se mide en huesos, y el frío aire que hinca el alma presagia la eternidad.



...un coyote se aleja molesto, con la mirada puesta sobre la carroña de una vaca caída a la vera del desierto. El hambre sacraliza lo más elemental.



FOTOGRAFÍA 4. RODRIGO CÓRDOVA ROSADO, PROMONTORIO, CAÑÓN DEL CHACO (2019)



*A la distancia.* A lo lejos la veo, entre la duda de la tarde y el viento que se conjura a la vuelta del remordimiento. La tormenta se avecina, a su inevitable paso la veo.



La asimétrica simetría del kiva de *Chetro Kettle* denota una estética de la ambigüedad. En el centro ceremonial no todo es predecible.



*Kiva.* La cruel circunferencia es la histórica medida del principio y el fin que reside entre la terca piedra, y la ceremonia del llanto que consagra el momento.



FOTOGRAFÍA 5. RODRIGO CÓRDOVA ROSADO, CAMINO  
A PEÑASCO BLANCO, CAÑÓN DEL CHACO (2019)



*Camino a Peñasco Blanco.* Al otro lado de la muerte un cuervo le dice a otro, “hace más frío hoy que ayer”, y el otro lo mira con la acumulada resignación de cada día. Las piedras marcan el camino a pie por la tardía tierra. En la vereda cada paso es un retorno a donde nunca se estuvo. Los petroglifos son el sacramento de nuestra fe: polvo eres y en polvo te convertirás.



Según los geólogos la Tierra ha entrado en una nueva era: el Antropoceno. El tiempo entendido en su sentido evolutivo y el tiempo entendido desde la memoria coinciden en devolvernos al eco del silencio primordial.



*Expiaciones.* Hay que alejarse de aquí, cueste lo que cueste, a pie o a caballo – mientras se pueda – de la insistencia del polvo que expía el pasado.



**Farallones.** Todo es espacio y tiempo, y en la inmensidad azul las rocas y la luna evocan el destino del alma. En este insomnio invernal el olor a fuego insiste ante los farallones del alba.



**Los ancestros.** Los fantasmas se pasean de cuarto en cuarto por *Pueblo Arroyo*. Bajo las peñas del Pleistoceno no hay derecho a que quizás mañana.



FOTOGRAFÍA 6. RODRIGO CÓRDOVA ROSADO, RESTOS DE CERÁMICA EN PEÑASCO BLANCO, CAÑÓN DEL CHACO (2019)



**Blanco y Negro.** La cerámica es del color del residuo del tiempo. Se vive en blanco y se muere en negro, cada pieza un recuerdo, canta el papagayo.



Hay contextos invertidos, que van de afuera hacia adentro, como la historia que se desvanece ante la insistencia de un dolor de muelas.



Lo sagrado es la investidura de nuestra perplejidad ante la vida.



**Altepetl.** Del Chaco a Mesa Verde, las puertas al vivir se cierran de sur a norte, al corazón del firmamento. La absolución de la historia se dibuja en la arena.



A la vuelta de cada verso hay una puerta al vivir que abre a otros versos, que aguardan tristes por su siempre diferido nombramiento.



FOTOGRAFÍA 7. RODRIGO CÓRDOVA ROSADO, UMBRALES  
EN PUEBLO BONITO, CAÑÓN DEL CHACO (2019)



*Prólogo a un cuento nunca escrito.* Lo que sigue es la crónica de la ausencia. Cada palabra no escrita es un monumento a lo que queda por decir. Admito que alguna vez contemple escribir un cuento que lo incluyera todo, sin exclusiones: de la barbarie de la historia, la vacuidad de los paradigmas, el remordimiento de dios, el amor frustrado por el deseo, el aroma del ajo y el recaó, las tribulaciones de los principios y el perdón de los pecados. Creía que un cuento infinito era posible y que sería un verdadero homenaje a la imaginación desenfrenada. Tarde comprendí mi error. Toda palabra es una victoria provisional que mantiene a raya el insondable silencio del universo. Esas victorias, por supuesto, vienen acompañadas por la nostalgia y eventualmente caen en el olvido.

Aún la memoria más feroz es incapaz de rescatar la plenitud del pasado. La noción de que un cuento lo diga todo es indicio del residuo de soberbia que reside en todos nosotros. Hoy sé que esa pretensión de usurpar la eternidad con las palabras desemboca en la muerte. El cuento que a continuación no se escribe es la resaca de esa soberbia.



*Hégira.* No leo – releo – y con cada lectura, recito el recuerdo y el olvido del dolor y el amor y la melancolía, que corren tras el ojo que huye del deseo.



PINTURA 38. LOS FLAGELANTES EN DOORNIK, CRÓNICAS DE AEGIDIUS LI MUISIS (1349)

## IX. Pandemia

Al fin había siempre un momento en que nos dábamos cuenta de que los trenes no llegaban. Entonces comprendíamos que nuestra separación tenía que durar y que no nos quedaba más remedio que reconciliarnos con el tiempo. Entonces aceptábamos nuestra condición de prisioneros, quedábamos reducidos a nuestro pasado, y si algunos tenían la tentación de vivir en el futuro, tenían que renunciar muy pronto, al menos, en la medida de lo posible, sufriendo finalmente las heridas que la imaginación inflige a los que se confían a ella.

*Albert Camus, La peste*

No hay textos absolutos; en todo caso los textos humanos no lo son. En la prosa se atiende más al sentido de las palabras; en el verso, al sonido. En un texto redactado por una inteligencia infinita, en un texto redactado por el Espíritu Santo, ¿cómo suponer un desfallecimiento, una grieta? Todo tiene que ser fatal. De esa fatalidad los cabalistas dedujeron su sistema.

*Jorge Luis Borges, La Cábala*

Hay que aplanar la curva y regresar a la esperanza de la línea recta. La distancia más corta entre dos puntos, me decía el viejo Cheo entre tos y tos, es una cuerda floja.



*El hermeneuta.* No acabo de entender cómo quedé atrapado por la letra. De joven comencé a leer los textos sagrados en busca de la verdad. Al principio el estudio fue difícil, entorpecido por mi ignorancia. Los sentidos de las palabras me parecían ambiguos, sus propósitos contradictorios, o al menos inconsistentes, por no mencionar el pozo sin fondo de la intención autorial. Mis maestros no fueron de mucha ayuda, sospecho que estaban más interesados en sus propias preocupaciones. Durante mucho tiempo leí los textos repetidamente, atribuyéndole diferentes significados, particularmente cada vez que los comparaba unos con otros, lentamente extendiendo los horizontes de sus contextos. Poco a poco los textos cedieron sus secretos a la racionalidad, ganando claridad. Lo que en algún momento anterior creí era una contradicción, ahora resultaba reconciliable y transparente. Sentía que divisaba la tierra prometida.

Aún recuerdo el día cuando caí en cuenta que mi lectura y las palabras que leía eran dos momentos distinguibles, aunque en tiempo simultáneas. Esa noche fue el principio de mi caída. Confieso que no fue hasta muchos después que comprendí la gravedad de mi intuición. Mientras leía a viva voz empecé a sentir una corriente atravesar mi cuerpo. Era, si me permiten la metáfora, como una carga eléctrica que subía por mi dedo, que seguía por la mano y el brazo, hasta llegar al corazón. Con cada lectura de los textos (no todos sagrados, admito) la corriente aumentaba, y el placer de la lectura comenzaba a reflejarse en un dolor intenso en el pecho.

Pronto comprendí que de seguir leyendo quedaría irremediablemente incapacitado o muerto. Dejé de leer y mi cuerpo respondió correspondientemente. Recuperé el uso de mis manos, poco a poco deje de sentir los calambres, regresó el apetito y volví a vivir en el mundo: la luz del día, la mesa, la silla, ver a la gente caminando desde el balcón de mi apartamento, el olor a café y el siempre bienvenido jamón. Por un año no leí nada, como en cuarentena, ni siquiera los insulsos periódicos que me dejaban todas las mañanas en la puerta. Hice amigos, salí con ellos, hablábamos de cosas inconsecuentes, de todo menos de libros. La nostalgia se incautó del recuerdo.

Desvelado una noche en mi cuarto, sin premeditación, le eché mano al *Masnavi-ye Manavi* del sufí Yalal ad-Din Muhammad Rum. Abrí el libro por casualidad al poema en que el místico persa comenta el hadiz del Profeta sobre los siete niveles de la dimensión interior del Corán. Al leer en voz alta, con mi dedo persiguiendo el texto, su referencia al cuarto nivel del Corán que nadie ha visto salvo Alá, sentí un vértigo absoluto, y vi mi cuerpo colapsar y concentrarse inexplicablemente en la punta del dedo y migrar milagrosamente al verso. Desde entonces resido en este texto, en su temible luminosidad, perdido en su letra, sordo al mundo. No sé en qué nivel me encuentro. No tengo explicación. En nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso.

◆

El largo arco de la historia se dobla hasta astillarse en mil pedazos, cada astilla un aviso de la siempre aplazada redención que espera por nosotros.

◆

**Confesiones de un filósofo.** Al postular su argumento sobre el Primer Motor Aristóteles señala que una regresión infinita es imposible porque de lo contrario no se podría llegar a esa primera causa que justifica las demás. No he sido el primero en notar la circularidad del razonamiento. Si todo efecto es precedido por su causa, y esa causa a su vez por otra que le precede, entonces no hay razón para pensar que esa regresión no pudiera extenderse infinitamente. El conejo en el sombrero aristotélico es la atribución de la infinitud misma a esa esencia eterna. La renuencia de reconocer la posibilidad de una regresión infinita no es un imperativo lógico, sino el temor al movimiento sin límites. Reconocida y aceptada una regresión infinita, un corolario es la progresión infinita. Bajo esta óptica, a toda causa le sigue un efecto, y a ese efecto, otro, y así sucesivamente. La inversión en la orientación de la causalidad nos pone de sobre aviso que el tránsito de los objetos sensibles son tan solo un eslabón en un movimiento continuo sin fin. Desde la inaccesible perspectiva de la infinitud, la teleología se torna en un espejismo. Desde la agotada perspectiva teológica, sin finalidad no hay redención y no hay quien nos coja confesados.

◆

No hay manera de ser en estos tiempos de estar sentado en un banco de madera y nervios frente a la desierta panadería. *Juega, juega, para el premio del miércoles*, pregona el billetero, cada número un deseo, cada boleto una moratoria en la lotería de cada día.

◆

**Alegoría.** La tradición recoge el siguiente relato sobre el fin de los tiempos y la llegada del Mesías: Al filo de la medianoche en el claro de un bosque se encontraban doce hombres sentados alrededor de un fuego, contándose historias y tomándose el poco ron que les quedaba, cuando de las sombras apareció un desconocido. Al percatarse de su presencia, lo invitaron a sentarse, pero el desconocido prefirió quedarse en pie. Le preguntaron qué hacía en el bosque a altas horas de la noche. Este les contestó que había venido a salvar al mundo. Los otros lo miraron con curiosidad y le preguntaron a modo de broma si acaso no hubiera sido mejor llegar el día siguiente.

—“Cuando venga el fin de los tiempos”, le comentó el barbudo entre ellos, “es mejor que ocurra a la luz del día, para que todos lo vean”.

El desconocido, con cara de impaciencia, los amonestó con la seriedad que ameritaba el asunto, mientras ellos lo ignoraban y continuaban hablando entre sí.

Al rato, uno de los doce se viro a para ofrecerle un trago, pero este ya se había marchado sin decir palabra. Al despertar la mañana siguiente los doce ya se habían olvidado de la inusitada visita.

El relato no concluye con una advertencia o alguna moraleja, no detalla cómo pudo recordarse si todos los presentes se olvidaron del evento. Tampoco se explica la incoherencia de un día después del último día. Quizás el tiempo es, en sí, alegórico. Tan solo nos queda el relato inconcluso como parte de la tradición, como quien no quiere la cosa.



La salida queda al otro lado de los cuarenta días, de las cultivadas tentaciones que delatan al terco cuerpo al caer en la noche oscura del alma. *Eloi, eloi, lama sabacthani*, clama una voz en el desierto, a la llegada de su hora exacta.



***El cretense.*** Reconozco que mi credibilidad está en entredicho. Dos mil quinientos años de comentarios y cuestionamientos han tenido su efecto. Le ruego al lector, sin embargo, que posponga su juicio hasta que concluya esta breve exposición.

Históricamente los comentaristas han utilizado mi epigrama - los cretenses siempre mienten - para ilustrar la paradoja de la auto-referencialidad. El argumento va algo así: Si lo que el cretense dice es cierto, entonces está mintiendo, razón por la cual, por definición, su declaración es falsa. Pero, si en efecto está mintiendo, entonces corrobora con su aserto la corrección de su declaración. En conclusión, si la declaración es cierta, entonces es falsa, entonces es cierta, entonces es falsa... La paradoja, sugieren los doctos, se impone.

El anterior análisis confunde la lógica con la vida. Sé de qué hablo cuando digo que los cretenses siempre mienten. Como uno de ellos, admito que somos toda una partida de embusteros. Como buenos mitómanos, mentimos por principio. Como cuestión de salud pública, no se me debe tomar a mal que trate de advertirles de nuestra tendencia involuntario a engañar a la menor provocación.

Supongo que ya algún lector estará pensando que me estoy contradiciendo y con ello dándole curso anticipado a la paradoja. Se equivoca. No solamente digo la verdad, sino aquel que insista en adentrarse en el juego lógico olvida que el principio de la no contradicción también tiene su límite en el principio de la relatividad. Se puede ser y no ser a la misma vez, aunque con referencia a diferentes cosas. Miento y no miento simultáneamente, pero con referentes distintos.

Cuando me refiero a todos los cretenses no me incluyo en ese universo, aun cuando así parezca a primera vista. Esa es una lectura estreñida del texto, tiranizada

por la gramática. En realidad, la intención de mi epigrama es reconocer que todos los cretenses mienten, menos yo. Lo juro por mi madre.

No es que yo nunca mienta. Todos al fin y al cabo mentimos en un momento u otro, con mayor o menor frecuencia. Mi defensa de buena fe es que no siempre miento, aunque sea cretense. El tradicional principio probatorio de *falsus in uno*, *falsus in omnibus* tiene que ceder ante la realidad de nuestra impredecible perfidia. Si en efecto miento no se puede inferir del propio texto, sino que exige que se pase revista sobre mis intenciones, privilegio de autor. Se miente más de la cuenta, versaba Antonio Machado, la verdad también se inventa.



**Los niveles de interpretación.** En una sinagoga en Córdoba, un rabino y su estudiante conversan sobre el arte de la interpretación.

–“El primer nivel de interpretación, el más común”, comenta el viejo rabino a su estudiante, “es la siempre mal entendida literalidad. Las palabras significan lo que designan, ni más ni menos. Una rosa es una rosa. Cualquier comentario adicional es incurrir en tautologías.”

–“¿Y si la palabra es equívoca o si no designa nada?”, pregunta el estudiante.

–“Entonces nos movemos al próximo nivel”, replica el rabino, poniendo las manos al fuego para calentarse del frío invernal.

“En el segundo nivel las palabras significan lo que designan pero de manera incompleta e imprecisa”, continua el rabino con la lección mientras el estudiante toma notas sin parar. “Lo que se dice significa, no solamente lo dicho, sino lo que se quiso decir”. A tú pregunta, si la palabra no designa nada, entonces hay que preguntar qué es lo que se quiso decir.”

–“¿Quiere eso decir que la intención se traga el texto?”, pregunta el joven, convencido de que finalmente había atrapado al maestro.

–“No. La intención, o la falta de ella, siempre ocurre en un contexto. Si no está del todo claro – y nada nunca lo es – entonces nos movemos al nivel alegórico”. El rabino rebana dos pedazos de pan y le da uno de ellos al estudiante. “Ningún texto subsiste solo. El sentido del texto se mueve como un rayo de luz atravesando un cristal”.

–“¡Entonces ninguna interpretación es definitiva! Nada es cierto, nada es falso”, dice el estudiante, ahora en extremo agitado. “Todo dependerá, como dice el refrán, del cristal con que se mire.”

–“Vamos llegando”, le replica el maestro. “En el cuarto nivel los significados se vuelcan sobre si mismos, como en un salón de espejos, reflejándose a la vez que toman distancia del mundo”. El rabino toma un espejo y le muestra al estudiante su propia imagen. “¿Qué ves? Cada reflexión, cada palabra, guarda dentro de

si su propia destrucción. Toda interpretación desemboca eventualmente en una incesante repetición. Esta es la ritualización de nuestra fe.

–“Y ahora, ¿qué?” pregunta irritado el discípulo.

–“El quinto nivel es oracular”, añade rápidamente el rabino, cogiendo velocidad en su exposición, salpicando saliva con cada palabra. “Al quedar derrotado por la letra, el sentido apunta a lo inefable, como el tetragrámaton. Lo dicho y lo querido corren tras el silencio. No queda nada más por decir”, concluye el rabino, exhausto.

–“¿Eso es todo? ¿Hasta aquí llegamos?” pregunta incrédulo el estudiante.

–“Hay dos niveles más pero nos son inaccesibles”, dice el rabino, resignado, mordiéndose el pedazo de pan. “El sexto nivel es la región más transparente, donde la palabra y la cosa son uno y lo mismo, sin distorsión. El lenguaje edénico de las perfectas correspondencias está custodiado por un ángel de luz. No se puede entrar con vida a este nivel.

–“El séptimo nivel”, añade acto seguido el rabino, “es insondable, innombrable, co-sustancial con el infinito”.

–“Por supuesto”, comenta el estudiante, “todo esto es alegoría, ¿no?”

–“No, literal.” dice el rabino, “La alegoría viene después.”

*Este escrito anónimo, originalmente en ladino, fue hallado junto con otros folios intercalados en un texto cabalístico del siglo XV tardío, que se atribuyen a la tradición lurianica. El texto, claramente preparado con fines didácticos, fue rescatado en Estambul después de la Segunda Guerra Mundial. Ed.*



Merodea la mustia muerte, otra vez con su triste figura, que se esconde en las horas del alba, entre luces y sombras y el llanto de promesas incumplidas que hieren el alma. Hay que volver, pero la ausencia aún insiste, tiñendo el recuerdo con lo que pudo haber sido. Y aún el mar con su olor a infancia no borra lo vivido. Todo empieza con la memoria, todo termina en la memoria y cada instante ganado es un rayo de luz que se difumina en el fin de los tiempos.



***Cuarentena en Cuaresma.*** Se comenta en estos tiempos de cuarentena que un jurista tuvo la revelación de que era el momento oportuno de redactar una ley perfecta que atendiera todos los problemas de la humanidad. Por qué no se pudo haber tenido ésta revelación con anterioridad es uno de esos misterios que la razón está prohibida de entender.

En un estado de lucidez agónica este jurista se puso a escribir furiosamente, echando a un lado toda divagación, ignorando cada distracción. Primero vino el título, seguido de la enumeración por capítulos y sus respectivos artículos. Armado

el caparazón, comenzó a llenar los espacios con preceptos y disposiciones específicas, evitando las contradicciones normativas, distinguiendo la jurisprudencia y atemperando sus pronunciamientos a los requerimientos de la justicia absoluta. La verdad le susurraba al oído.

Su espíritu se desbordaba en la gramática. Su intención y el significado de las palabras se hicieron uno. Toda excepción era rigurosamente calibrada, toda hipótesis escudriñada desde las mil y una perspectivas posibles. No había signo ortográfico que estuviera fuera de sitio, o frase que estuviera de más o de menos. El sentido era inimpugnabile, mosaico. No había espacio para el comentario y aún los márgenes quedaron desplazados del texto. El jurista había logrado lo imposible: la ley lo decía todo. La perfección finalmente prevaleció sobre la necesidad.

Se dice que aquellos que tuvieron la oportunidad de leer el borrador quedaron tan maravillados por su transparencia y luminosidad que olvidaron sentir la humana envidia que de ordinario acompaña toda lectura. Lamentablemente se desconoce cuál fue su contenido. Los testigos se perdieron en la historia. El jurista murió el Viernes Santo a altas horas de la noche en su despacho con todos sus papeles, consumidos por la tos y el fuego causado por una vela mal colocada. Los designios de la ley, supongo, son inescrutables.



**Revelaciones.** Un grupo de fieles, preocupados por el curso de la pandemia, se reunieron en la sala de la casa de uno de ellos para orar, leer y comentar el libro de Apocalipsis. Uno de ellos empezó diciendo que el coronavirus era una señal de Dios, un aviso de que se avecinaba el fin y que era necesario comenzar a hacer los arreglos correspondientes. No preciso a cuáles arreglos se refería y nadie le preguntó. Otra le contestó que no había porqué precipitarse, que primero tenía que llegar la bestia. Los demás asintieron con rigurosa convicción. El fin de los tiempos vendrá, estaban convencidos, el día después de su llegada, cuando ya no fuera necesario.



**Por ojo, boca y nariz.** *Ojo.* La oscuridad cede, brevemente. Las sombras perfilan sus siluetas mientras el ojo se va acostumbrando a la luz. El blanco y el negro dan paso al color. La claridad y distinción de la madrugada queda retratada en la cámara oscura de la memoria. Parpadeo, por lo tanto, soy.

*Boca.* La sal y el azúcar se disuelven en la lengua, agridulce. Cada bocado nos lleva irremediablemente al origen del deseo. Se muere por la boca, como el pez.

*Nariz.* Huelo, como animal que husmea en cada rincón. El olfato es el sentido más cercano de la infancia. Sobre el fuego se sofríe la cebolla y el ajo, los ajíes y el recaó, en anticipación. En la noche oscura del alma, el aroma es prospectivo.

*Oído.* Escucho como quien calla. Al atardecer, el canto del pájaro bobo presagia el exotismo de la noche. “¡Espera, espera!”, reclama una voz que se disipa en la distancia.

*Piel.* La brisa de barlovento anuncia el nuevo día. La arena y las olas remojan los pies. A la orilla del mar el cuerpo late, insistente, intimando la hora de su partida. La historia no nos absolverá.



***La infección de la ley.*** Era el peor de los tiempos. La epidemia consumía a la isla. Todos los habitantes sufrieron de alguna manera el virus. Muchos enfermaron, muchos murieron, el dolor y la tragedia insistieron. El llamado a guardar las distancias se tornó en justificación del ensimismamiento. El toque de queda criminalizó la oscuridad. Los comercios quedaron desiertos. La ley también quedó infectada, no obstante los contradictorios esfuerzos de las autoridades.

Con miras a rescatar a la ley de sí misma, sus custodios decidieron consultar con los médicos para determinar qué tratamiento darle. Algunos insistieron en que había que hacer más pruebas. Otros sugirieron inmunizar a la ley con otra ley. Un médico de gran prestigio recomendó que la ley se tallara en piedra de manera que no se pudiera cambiar por algún capricho momentáneo. Uno de ellos llegó a recomendar que se limpiara la ley con desinfectante y rayos ultravioletas. No hubo consenso entre ellos. El deterioro de la ley continuaba.

Dado la precariedad de su condición, los custodios decidieron que su supervivencia requería que se tipificara como delito todo cuestionamiento de la ley, disponiéndose que cualquier cuestionamiento, o intento de así hacerlo, sería sancionado de manera inmediata y severa por las autoridades. Había que proteger a la ley del pánico y la histeria colectiva. “Dentro de la ley todo, fuera de la ley nada”, proclamó a viva voz algún funcionario barbudo en la conferencia de prensa. El temor y la incertidumbre se contagiaron mutuamente. La paz del sepulcro estaba a la vista.



***Del lobo un pelo.*** Nuestra inevitable muerte invita a la magia. Así nos repetía incesantemente, varita en mano, el maestro Darius Drachma durante las largas horas de estudio en el frío invernal. No fue hasta su muerte el año pasado que entendí el significado de sus palabras.

Todo adivino con alguna competencia profesional sabe que para abrir las puertas del misterio es necesario pronunciar la incantación correcta, en el momento oportuno. Esto requiere, no solo estudios y perseverancia, sino tener el oído en tierra, atento a los temblores que anticipan la ruptura del tiempo.

Contrario a lo que algunas obras de ficción han popularizado, los sortilegios

no tienen por qué hacerse en latín o en algún lenguaje extinto. Las palabras de nuestro lenguaje ordinario son igualmente capaces de invocar lo imposible. Lo hacemos todos los días sin darnos cuenta.

Es, sobre todo, una cuestión de adecuación. Cada palabra guarda dentro de sí en mayor o menor grado el residuo de su origen. En algunas, ese residuo es más evidente, accesible meramente con pronunciar la palabra, como el tetragrámaton. Estas son palabras talismánicas que sus meros pronunciamientos sacuden los huesos. Su uso indiscriminado a lo largo de la historia lamentablemente se ha encargado de diluirlas. El silencio que protege al lenguaje de sí mismo ha ido cayendo en desuso. Hoy, la aproximación a la historia está viciada por su propio desenlace. No hemos aprendido a callar.

En otras el residuo de su origen está sumergido en el sonido fonético que sus letras reproducen imperfectamente. El significado que coincide exactamente con su objeto es lo que la tradición denomina con cierto grado de nostalgia culpable como el lenguaje de las perfectas correspondencias. Nuestra expulsión del Paraíso supuso la pérdida de ese lenguaje angelical. Desde entonces, toda palabra es una copia imperfecta del mundo. Hablamos desde el exilio.

Solo el sortilegio correctamente encantado es capaz de conjurar momentáneamente los orígenes de las palabras, para inmediatamente extinguirse en el humo de la memoria. Del lobo un pelo.



***El mensajero.*** Luego de un largo viaje el mensajero finalmente llegó a su destino. Sin demora lo hicieron pasar al despacho del funcionario a quien iba dirigido el mensaje, quien lo atendió inmediatamente con toda la urgencia requerida para la ocasión. El mensajero prosiguió a sacar un sobre manila de su valija – matasellado en cada extremo de la carátula – y entregárselo a la mano.

El funcionario tomó y abrió el sobre, extrajo sus papeles y procedió a leer su primera página con profesional detenimiento. Era una carta de trámite, que anotaba que el mensajero era el portador de los documentos para su oportuna entrega a su destinatario.

Al pasar las páginas el funcionario pudo comprobar que eran documentos legales: Un recurso ante los tribunales apelativos con sus anejos, hilados con una cinta azul, y el arancel correspondiente adherido y cancelado. Los requerimientos de la justicia, sin duda, exigían el mayor grado de solemnidad. Su notificación era prueba suficiente de su importancia, a pesar de que su contenido fuera indescifrable.

El funcionario invitó al mensajero a sentarse en lo que preparaba un breve acuse de recibo. Pasados unos minutos, le hizo entrega del recibo, quien procedió a doblarlo descuidadamente y guardarlo en la valija. El mensajero dio la media vuelta y se marchó sin pronunciar palabra alguna.

El funcionario nunca llegó a enterarse del desenlace del recurso judicial, el cual había remitido sin dilaciones a la oficina correspondiente, según las instrucciones de su cargo. Su ignorancia no lo eximía del cumplimiento, aunque sí de la culpa. Tampoco volvió a ver al mensajero, aun cuando a su despacho recibía innumerables documentos todos los días. La autoridad de su cargo, estaba convencido, había quedado empañada por la falta de información y el silencio insolente del mensajero. La próxima vez, se dijo a sí mismo, habrá que matar al mensajero. Solo así se entenderá la gravedad del mensaje.



**Mito de la Creación.** No se sabe cómo o cuando todo empezó. Sabemos que la duda surgió *ex nihilo* mientras nos encontramos todos de noche, sentados alrededor del fuego. Varios relatos especulan sobre nuestro origen, todos de cuestionable valía. Uno de ellos dice que venimos de la fría oscuridad, otro detalla que venimos de la imponderable luz. El más polémico relata que no venimos de ninguna parte, que inclusive no estamos aquí. Nuestra soledad es imaginada. Otro sugiere que no hay principio, que todo es como es, y no hay nada que preguntar. Este último relato ha logrado alguna preminencia entre nosotros y ha provocado el olvido sistemático. Ahora, nuestra desmemoria nos recuerda que cada día es un nuevo principio y que hay que aprenderlo todo de nuevo, cada noche antes de que salga el sol. Mañana, sospecho, estaremos sentados alrededor del fuego otra vez.



**Toque de queda.** Si todo fin es un principio, empiezo por donde termino: bajo seis pies de tierra, echando raíces hasta aferrarme al olvido de quien de arriba mira hacia abajo. “Allá!”, exclamabas a todo lo alto, con esa sorpresa de hija abandonada, apuntando con el dedo a la caída del día. Era un viernes recuerdo, creo, y ni a la izquierda ni a la derecha había salida, solo la silueta de una sombra que de lejos se paseaba por el alma con cada promesa incumplida.



Hay repeticiones que son únicas, irrepetibles a su manera. Estas calles de brea y llanto, ayer atestadas y hoy abandonadas al solitario escopeteo de una motora que se aleja de sur a norte, son el testimonio de un futuro ya vivido en la memoria.



La chicharra da la alerta a las siete. La oscuridad llega con sus inevitables procrastinaciones. Cuarenta días y cuarenta noches no son suficiente para conjurar a la ausencia. Hora de quedarse tieso – como hueso roído por el hambre.



*Caminante no hay camino.* Van tres años desde que empecé a caminar y no acabo de llegar. No es que me esté quejando, pero en verdad no estoy del todo convencido de que tomé la decisión correcta al aceptar este trabajo. Me dijeron que mi única responsabilidad era caminar sin parar. El salario es bueno aunque no haya beneficios marginales. No anticipé que la tarea fuera imposible. Ahora, cada paso que tomo es una eternidad. Los segundos entre paso y paso se dilatan, y cada escalón promete tan solo otro escalón. Aún no he conocido quienes caminan al frente y detrás. La soledad es espantosa y la esperanza no tiene cabida en su monótona repetición. Quien quiera que haya concebido esta escalera imposible debe tener un lugar reservado en el noveno anillo del infierno. Admito con resignación que saldría corriendo de aquí si pudiera, pero no estoy muy seguro de que llegaría muy lejos. No veo el mar.



Hoy anunciaron la reapertura de los cementerios.



# UNIVERSIDAD INTERAMERICANA DE PUERTO RICO

## PRESIDENTES

Instituto Politécnico de Puerto Rico	Primera Etapa
J. Will Harris	1912-1936
Jarvis S. Morris	1937-1946
Edward G. Seel	1947-1955
Universidad Interamericana de Puerto Rico	Segunda Etapa
Ronald C. Bauer	1956-1964
Raymond B. Hoxeng	1965-1968
Sol Luis Descartes	1969-1977
Ramón A. Cruz Aponte	1977-1987
Pedro José Rivera	1987-1990
José R. González	1990-1999
Manuel J. Fernós	1999-

## DECANOS DE LA FACULTAD DE DERECHO

Hipólito Marcano	1961-1972
Pedro M. Vélez, Hijo	1972-1973
Carlos M. Piñero y del Cueto	1973-1974
Francisco Coll Moya	1974-1978
Alberto Ferrer	1978-1982
Carmen Sonia Zayas	1982-1984
Federico Hernández Denton	1984-1985
Manuel J. Fernós	1985-1992
Carlos E. Ramos González	1992-2000
Luis M. Negrón Portillo	2000-2013
Julio E. Fontanet Maldonado	2013-

## DIRECTORES DE LA REVISTA JURÍDICA

Carlos M. Piñero y del Cueto	1964 – 1971	Carlos A. Padilla Vélez	1994 – 1995
Ivette Coll de Pestaña	1971 – 1972	Luis E. Vázquez Rodríguez	1995 – 1996
Héctor M. Aponte Ortiz	1972 – 1973	Diana B. Cordero Vázquez	1996 – 1997
Felícita Pérez de Torres	1973 – 1974	Vanessa L. Collazo Santiago	1997 – 1998
Regino Fermain Medina	1974 – 1975	Rosanna Rivera Llantén	1998 – 1999
Víctor J. Estrella Hernández	1975 – 1976	Enrique M. Almeida Bernal	1999 – 2000
Sonia González Robles	1976 – 1977	Grisselle Bermúdez Rodríguez	2000 – 2001
Miriam Berríos Sánchez	1977 – 1978	Sarah Yenit Rosado Morales	2001 – 2002
Carlos Gaztambide Acosta	1978 – 1979	Marta Enid Ortiz Camacho	2002 – 2003
Roberto Vega Pacheco	1979 – 1979	Ana Leticia Dávila Pérez	2003 – 2004
Ángel S. Ruiz Rodríguez	1980 – 1980	Ileana I. Inserni Cintrón	2004 – 2005
José E. Colón Rodríguez	1980 – 1981	Luis Roberto Rivera Cruz	2005 – 2006
Rafael Díaz Díaz	1981 – 1982	Nitya Morales Vázquez	2006 – 2007
Nora Vargas Acosta	1982 – 1983	Eduardo J. Rivera Juanatey	2007 – 2008
Armando Martínez Fernández	1983 – 1984	Janice Ramírez	2008 – 2009
David Muñoz Ocasio	1984 – 1985	Tatiana M. Grajales Torruella	2009 – 2010
Felipe Bravo García	1985 – 1986	Melissa Cabral Munárriz	2010 – 2011
Roberto Sueiro Del Valle	1986 – 1987	Coral M. Odiot Rivera	2011 – 2012
Bernardo Vázquez Santos	1987 – 1988	Melissa Marchany Carrasquillo	2012 – 2013
Ariel O. Caro Pérez	1988 – 1989	Vanessa Dávila Colón	2013 – 2014
Cruz María Caldera	1989 – 1990	Mayra I. Rosa-Pagán	2014 – 2015
Santiago F. Lampón González	1990 – 1991	Alexandra Cruz Zayas	2015 – 2016
Fermín L. Arraiza Navas	1991 – 1992	Wilmarivette Otero Flores	2016 – 2017
Linda L. Vázquez Marrero	1992 – 1993	Glorimar Irene Abel	2017 – 2018
César Vázquez Morales	1993 – 1994	Zoé C. Negrón Comas	2018 – 2019
		Derdlim Rodríguez Malavé	2019 – 2020